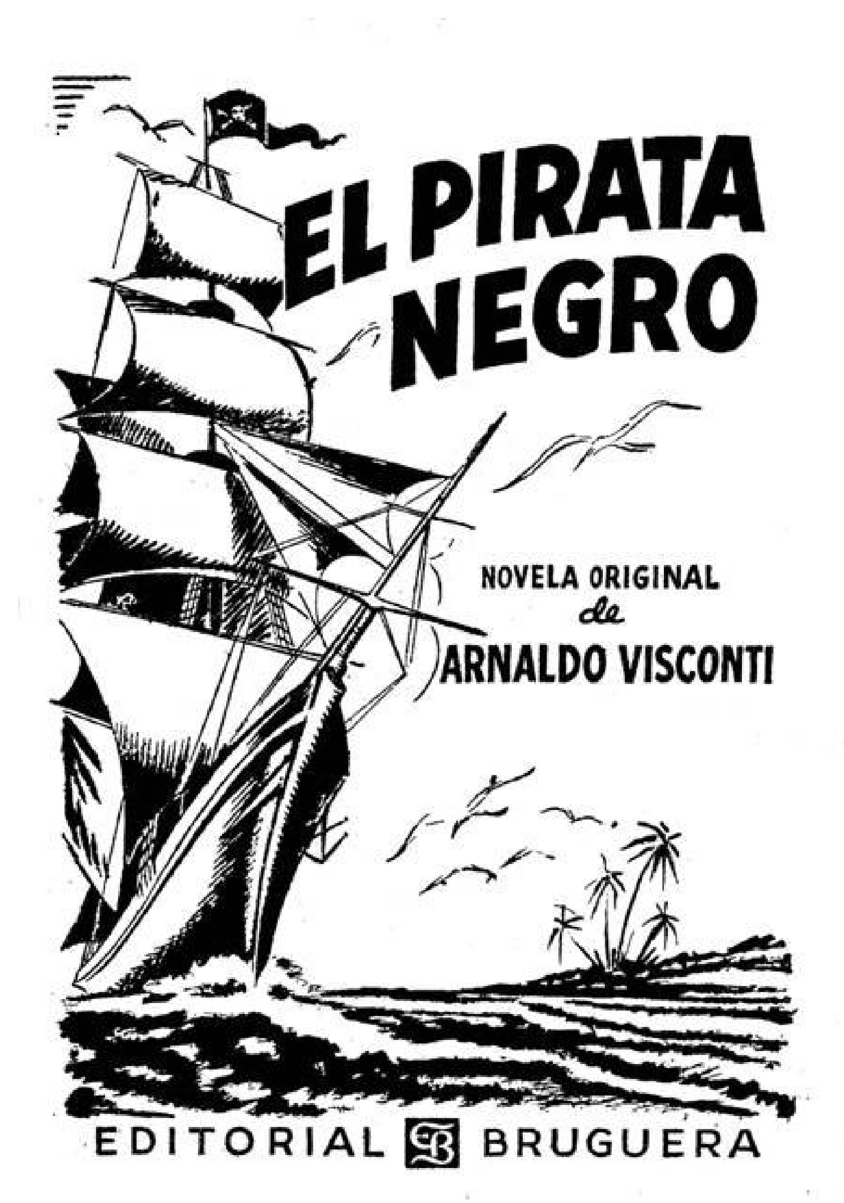
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE
UN EPISODIO
COMPLETO

PROVENSAL

3
PTAS

MANOPLA DE TERCIOPELO


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Manopla de terciopelo

Colección El Pirata Negro n.° 30

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


MANOPLA
de
TERCIOPELO

CAPÍTULO PRIMERO

Un surco en la frente

Por el abierto balcón, penetraba la luminosa claridad de un día primaveral, que espolvoreaba de oro los contornos del atractivo panorama que desde la alcoba se divisaba.

Pero el individuo, tendido a medias en el lecho, no parecía prestar la menor atención al paisaje.

Ancho de espaldas y revestido el torso con una blanca camisa de mangas abollonadas, tal individuo, que se reclinaba cómodamente en varias almohadas, ofrecía varias características que llamaban la atención al primer golpe de vista.

Vestía unas calzas amarillas que se enfundaban en altas botas mosqueteras y yacía, semivestido, encima del lecho. Sus rojos cabellos parecían sombrearle la frente, pero en realidad era una reciente y honda cicatriz que dibujaba un trazo rojizo en curiosa línea vertical que arrancaba del nacimiento de su cabello para reunirse con su entrecejo.

El rostro era irregular, y los ojos pardos tenían destellos humorísticos mientras, con una sola mano, barajaba un mazo de naipes. La manga izquierda pendía vacía desde el codo, denotando que era manco de aquel antebrazo.

Sin embargo, aquella mutilación no le impedía manejar el naipe con una destreza asombrosa, extendiendo junto a su cadera dos pequeños montones de cartas.

Cogió uno de los montones que abrió hábilmente en abanico, observando los naipes.

—¡Repámpanos, señor! —dijo en voz alta hablando a un imaginario interlocutor—. Cambiemos de juego, porque me he servido tres ases y dos damas. Este juego inglés os es desconocido, y

no quiero nunca jugar con ventajas.

Sonriéndose a sí mismo, el pelirrojo cogió el otro montón de naipes, que examinó arqueando una ceja, hasta su máxima distensión, con lo que su simpático rostro adquirió cierta expresión diabólicamente picaresca.

—Ved lo que son las cosas, señor —siguió diciendo en voz alta —. Si ahora vos y yo nos jugásemos oro, os arrebataría un buen bocado, porque tenéis tres reyes y las otras dos damas. Juego con el cual habríais aceptado mi invite… y os habría ganado.

Miró a su alrededor en la vacía alcoba, donde sólo se hallaba él.

—Aquel señor que nos mira con cierta suspicacia, debe suponer que os he servido tal juego sólo en un punto inferior al mío, para limpiar vuestros fondos. Mi virtuoso espíritu rechaza de plano tan calumniosa imputación… pero-y el que hablaba solo rió en breve carcajada alegre —mi espíritu habitual, muy alejado de toda virtud, debe en toda confianza y atendiendo a la sinceridad, confesar que es acertada la sospecha de aquel mirón. Comprended, señor, que debo seguir practicando el noble arte de procurar arriesgar el dinero propio con el menor riesgo posible. ¿Que eso se llama hacer trampas y quien lo practica recibe el nombre de tahur? ¿Para qué emplear palabras tan malsonantes? Tened en cuenta, señor, que voluntariamente nadie gusta de perder su…

Precipitadamente, el extravagante sujeto ocultó la baraja bajo las sábanas y afectó un aire absorto, silbando en sordina.

¡Hola, papá! —chilló una niña que entró en la alcoba, donde su llegada había sido ya anunciada por por el veloz repiqueteo de sus pequeños aunque ruidosos tacones.

Gabrielle Lucientes de Civry saltó encima de la cama, y besando a su padre en las mejillas, vino a refugiarse contra él, en apretado abrazo.

Era una muñeca de cabellos rubio-rojizos, ojos azules y ancha boca bien dibujada.

—Buenas mañanas, Gaby. Hueles a rosas, ¿quién te ha perfumado?

—Mamá Rosa me echó de un frasco precioso. Creí que estabas con visita, papá.

—No adolezco del defecto de ser un hombre visitado ni que visite. ¿Por qué creías tal cosa?

—Te oí hablar... y no hablarás tú solo, ¿verdad?

—Hablar solo, Gaby, es síntoma de que un hombre es un filósofo. Y eso me ocurría: estaba filosofando sobre la carencia de importancia que todo tiene en este mundo, aparte de algunas cosas, tales como una preciosa hija como tú.

Diego Lucientes acarició los cabellos de la pequeña, que alzó hacia el suyo un rostro del que había desaparecido la sonrisa.

—Cada día está más malo y rebelde, ¿sabes?

—¿Quién? —preguntó algo receloso el pelirrojo.

—Carlos. Acaba de romperme el juguete que me regaló tío Pancho. ¿Sabes aquel cofre donde salía música dándole vueltas a un asidero?

—La caja de música tan preciosa. ¡Qué lástima! Pero no te apures, chiquilla, yo te mercaré otra caja aún mayor y que hará más ruido.

Confortada con la promesa, ella instalóse más cómodamente, reclinándose de espaldas y semisentada, al igual que su padre.

—Verás cómo fué. Yo dije que la música que mi caja tocaba era más preciosa que los silbidos que él daba.

Y no sé por qué, pues él se enfadó y le pegó un puntapié a mi caja, y la muy pobre fué a estrellarse contra la pared. Se abrió en tres pedazos y saltaron muelles y cositas de hierro. Ahora que-y bajó ella la voz, acercando los labios al oído de su padre, que la escuchaba extasiado-me he vengado. Él se reía diciendo que a él aunque le dieran puntapiés en el pecho no le harían saltar los muelles y siempre silbaría... Yo fuí por detrás y le di en la cabeza con el mango de un escobón. Y he venido corriendo a contártelo.

—¡Repámpanos! —exclamó alarmado Diego Lucientes—. ¿No le habrás hecho mucha pupa a Carlos con tu escobón?

En el umbral de la alcoba apareció un muchacho de siete años, robusto y bronceado. Se detuvo aplicando los dos puños en sus caderas, erguida la cabeza y llameantes los negros ojos.

—Hola, “Medio-Brazo” —saludó secamente.

—Hola, Carlos-sonrió el manco pelirrojo —. Un día magnífico, ¿eh? Mucho sol y una luz que es gloriosa. Reconforta el ánimo.

—No vine por el día, “Medio-Brazo” —replicó el muchacho con voz mucho más gruesa de la que era de suponer a su edad—. Vine a pedirle cuentas a tu hija, que es una... una diablesa mala y traidora.

—¡Y tú eres un bruto muy brutísimo, ea! —chilló agudamente la acusada, envalentonada desde su posición.

Carlos Lezama, conde de Ferblanc, crispó los puños e iba a prorrumpir en una sarta de palabras vehementes, cuando vió la sonrisa de Diego Lucientes que agitaba en su dirección un índice conminatorio.

—Recuerda, Carlos... Recuerda al señor Lezama.

—Lo tengo siempre presente, "Medio Brazo" —dijo con enorme seriedad el muchacho—. Por eso no le atizo a tu hija... bueno, por eso no tomo venganza. Porque me dijo mi padre que a la mujer no se le debe pegar más que con el tallo de una flor. Pero... me hizo un chichón!

El muchacho pasóse una mano con suma delicadeza por la coronilla, mirando fieramente a la que, tendida junto a Diego Lucientes, abrió su mano derecha aplicándose el pulgar en la nariz y moviendo burlonamente los dedos.

—¡Hace burla de mí, tu hija, "Medio-Brazo"! —protestó Carlos Lezama.

—Haya paz y respeto a la corte —dijo Diego Lucientes con voz tonante y adoptando un aire solemne—. Habéis venido a requerir mis servicios como juez imparcial, ¿no? Ella es mi hija, pero no hay parcialidad, porque ni para mí mismo la tengo. Es cualidad que llaman ecuanimidad. ¿Por qué le pegaste a Carlos, Gaby del demonio?

—¡Porque me rompió la caja de música!

—Atienda el acusado: ¿Por qué hizo tal estropicio? Replique según su costumbre: veraz y lealmente. A lo hombre muy hombre.

—Ese soy yo-dijo el muchacho, halagado, abriendo el compás de sus piernas y adoptando una postura arrogante —. Yo estaba silbando como lo hace mi padre y va esta mocosa y dice que su caja silbaba mejor que yo. Eso era insultar a mi padre... y castigué su caja.

—La pobrecita caja era absolutamente inocente.

—Pero a ella no le podía pegar, porque mi padre me lo tiene prohibido. Y por más que he buscado, no he encontrado flor bastante gorda para que pudiera hacer daño.

—Buscaste mal-sonrió Diego Lucientes —. Quizás una coliflor...

—¿Tú crees? —inquirió esperanzado Carlos Lezama.

—No es flor. Es vegetal de huerta —apresuróse a corregir el madrileño—. Bien, ¿y de qué más acusas a mi hija?

—De haberme asestado un golpe traidor por la espalda. Si me lo hubiera dado de frente...

—¡No hubiese podido! ¡Te habrías dado cuenta!

—Oídos los alegatos de ambas partes, paso a dictar sentencia. Estimo que el considerando y el resultando iguala sus pesos. La caja de música era muy apreciada por Gaby. Su rotura bien vale un chichón. Pero por otra parte, estimo que hubo cierta traición en el golpe vengativo. Aunque, hablemos de hombre a hombre, Carlos Lezama.

—Así me da siempre gusto hablar y me avengo a razones, "Medio-Brazo".

—Mi hija es mujer... Son todas ellas adorables, pero no entienden de pelear de frente. Su fuerza reside en esta aparente debilidad, querido muchacho. Siempre ganan ellas, y nosotros tenemos la elegancia de perder sonriendo. Claro, sonreímos con ciertas ganas de morder, pero el hombre entero, las mira, medita y aprecia que quitar del mundo a tan adorables criaturas sería un crimen, porque sin mujeres la vida sería un infierno, y es preferible el infierno de vivir con ellas, por lo cual... perdona por esta vez a Gaby, que en el día de mañana será una mujer que no pegará con el mango de un escobón... y quizás, Carlos, entonces sientas nostalgia de tales golpes. Decreto pues-y tosió —que, habiéndome yo extraviado en mis considerandos, regreso a la sustancia del juicio. Un buen beso en las mejillas, paz y seguid en vuestros juegos.

Avanzó Carlos Lezama hasta detenerse al borde del lecho. Tendió su bronceado rostro, ofreciendo displicentemente la mejilla.

Gabrielle Lucientes de Civry inclinóse y apoyó sus labios con leve rapidez...

—Ese no es beso de paz, sino de prisa, rencorosilla —dijo Lucientes sonriendo—. Tu boca, como la mía, es lo suficientemente amplia para ser más generosa. Id a jugar y recordad siempre que hay un caballero navegante que quizás esté en camino hacia esta isla, que me pedirá cuentas de vuestro comportamiento. Que no tenga que enfadarse el hidalgo Lezama.

Saltó Gabrielle del lecho enlazando su brazo al del muchacho.

—Olvidado, Carlos. Olvida el chichón y olvidaré la caja.

—Trato hecho. Voy contigo.

Salió ella corriendo, y Carlos Lezama se encaró con el pelirrojo semiacostado en el lecho.

—Con mujeres es difícil entenderse. ¿Por qué será, "Medio-Brazo"? Yo contigo siempre me entiendo.

—Es que tú y yo somos hombres.

—Ya. Y mira que a Gaby la aprecio un rato largo, pero hay momentos en que... pues la haría añicos.

—Eso nos ocurre a todos en todas las edades.

—¿Por qué dijiste que algún día sentiré morriña de los escobazos? No creo que a ningún hombre le sea ese un buen recuerdo.

—Hay golpes mucho más dolorosos, Carlos. Espero que nunca los conozcas. Son golpes que no hieren físicamente... En fin, a otra cosa, mariposa. ¿Te duele la cabeza?

—Ya no tanto. Pero, ¡repámpanos! tu hija pega fuerte, "Medio-Brazo" —dijo el muchacho con cierta satisfacción—. ¿Y tu frente?

—Está curada del todo. Si estoy tendido es porque espero el desayuno y me he acostumbrado a tardíos despertares y modales de burgués acomodado.

—Voy con tu hija, "Medio-Brazo". Y... dime: ¿cuándo vuelve mi padre?

—Pronto. De un día a otro.

Al quedarse solo, Diego Lucientes miró por la ventana el paisaje policromo que la isla palmeña ofrecía desde aquella altura del pueblo de Tazacorte;

Era una visión paradisíaca de ensueño y calma. El litoral destacábase pardo y verde contra la línea azul del mar, y se enseñoreaba del ambiente una sensación de quietud que reposaba el ánimo.

Despertó Diego Lucientes de su meditación al sentir en su frente un tibio contacto.

Una joven de atractiva figura retrocedió después de besarle, disponiendo encima de la mesita cercana la servilleta y la vajilla del desayuno, que acababa de traer en una bandeja.

—Nunca fuera hidalgo alguno, de damas tan bien servido-recitó el madrileño riendo mientras se sentaba en el borde del lecho —. Este chocolate es riquísimo, Rosa, pero sabes que te confesé mi

habitual principio de desayuno. Unas gotitas de aguardiente para matar el gusanillo… que a veces era elefante, cuando me hallaba aburrido. Y me aburro…

Ella le miró, con repentina seriedad apesadumbrada.

—Has cambiado, Diego. Hace dos semanas… me declaraste que eras el hombre más feliz del mundo. Que mi cariño te bastaba y…

—Tu cariño ennoblece, Rosa. Pero… mudable soy. Sigo queriéndote, porque veo en ti cualidades inmejorables. Esposa perfecta serías, sobre todo teniendo en cuenta que mi hija necesita una madre…

—Tú mismo dijiste que no hiciera caso de lo que llamas tu “falta de resignación a ser feliz”, Diego. Supongo, pues, que hoy estás poco resignado a la felicidad que juntos compartiremos cuando estemos casados.

—Eres buena, Rosa, y por eso no debo casarme contigo.

Tras esta declaración incongruente, Diego Lucientes fué devorando los picatostes que empapaba profusamente en la jícara rebosante.

—Quieres hacerte más complicado de lo que eres, Diego. Es absurdo lo que afirmas. Si soy buena, al menos para ti, eso debe complacerte.

—¿Eres mala para otros? —sonrió él, con la boca llena y evitando el replicar directamente.

—Al menos eso dice Alfonso Gálvez.

—¿El presumido hijo del alcalde de la capital? Buen muchacho. El hombre ideal para ser tu marido, Rosa. Ya sufrió de celos cuando el Adelantado mayor te requirió de amores. Y ahora, sufre mayores celos, porque su sentido de acatamiento a la disciplina y autoridad, que le hacía soportable a medias la idea de que te perdía cuando el Adelantado estaba en vida, ya no existe, al saber que yo, un manco vagabundo, me he interpuesto en su camino entre tú y él. Con Alfonso Gálvez serías feliz, Rosa. Es hombre de costumbres morigeradas y metódicas, posee una buena fortuna, y sólo piensa en ti. Al menos, eso me han informado, porque yo directamente ni le conozco ni le he tratado.

—¿Por qué defiendes a Alfonso Gálvez? Él habla mal de ti…

—Eso te demuestra que lo que de mí se dice, me tiene sin cuidado, cuando a espaldas mías se dice. Las verdades o las

calumnias que sobre mí vierta tu enamorado, en nada altera mi afirmación de que él sería para ti el marido adecuado. Yo no puedo serlo, Rosa.

Ella volvióse de espaldas, yendo hacia la ventana.

—¿Por qué? —preguntó desde allí, sin mirarle.

—Es endiabladamente complicado el explicártelo, Rosa. Eres bonita, me harías feliz, eres buena y purificarías mi existencia. Pero por eso mismo, no puedo exponerte a sufrir las consecuencias de mis cambios de carácter, o mejor dicho, mi carácter. Tengo ahora un surco en la frente y podría pretextar que me he vuelto loco.

—Es herida gloriosa, porque la adquiriste defendiendo el suelo palmeño contra el ataque de los piratas vikingos.

—Es un chirlo, nada más que un chirlo. Por meterme donde no me llamaban. No revistamos de heroicidad lo que no fué más que sed de aventura y movimiento. La placidez me aburre, Rosa. Y como antes afirmaba, podría alegar que esta herida recién cicatrizada ha empeorado la debilidad de mi cerebro. Pero sería una calumnia... ya que siempre mi cerebro ha funcionado pobremente. ¿No comprendes que no puedo ni debo casarme contigo? Sería canallesco estropear tu vida, Rosa, porque eres buena. Mi primera esposa era como tú, buena. Huí de su lado....

—Tus motivos tendrías —replicó ella siempre vuelta de espaldas.

—Eso es lo más triste y que a ti te quiero evitar. No tenía motivos. Era enormemente dichoso. Quietud de hogar, cariño compartido... y huí ¿Por qué? Por mi maldito carácter... No puedo soportar que me quieran porque el cariño me agobia. Necesito airearme, vivir solitario; pero cuando me oprime el peso de la soledad y la vaciedad de mi rededor, entonces ansío regresar donde soy feliz, o buscar donde serlo, alejándome por un tiempo de aventuras y vagabundeos.

—Creo comprenderte. Lo intentaría al menos.

—Pero yo no puedo permitirlo, Rosa.

Levantóse el madrileño, revistiendo su casaca azul y colocó bajo su antebrazo el tricornio de terciopelo azul.

Acercóse a la que continuaba mirando, sin ver, por la ventana.

—Suponte que nos casamos, Rosa. Y a las dos semanas o a los tres meses me da el arrechucho de huida. Me remordería el libre

vagar, saber que te dejé sola sin que me dieras motivos.

—Puedo correr ese riesgo-dijo ella, sin mirarle.

—No hables de lo que experimentalmente no puedes conocer. ¿No te importarían los comentarios? Eso es lo que más duele.

—La mujer que ama no tiene que escuchar más comentario que el propio. Y siempre, hicieras lo que hicieras, mi comentario te sería favorable.

—¿Aceptarías casarte conmigo, para ser madre de mi hija y al albur de tener un marido que desapareciese el día menos pensado, cuando más segura estuvieras de su cariño.

—Acepto-susurró ella.

Rascóse Lucientes la sien con ademán poco elegante. En su perplejidad halló una solución.

—No quiero exponerte a una boda que labraría tu desdicha, Rosa. Tampoco quiero negarme a la breve o extensa quietud que me ofreces. ¿Dejamos que el azar dicte su inapelable sentencia?

Y Diego Lucientes se dirigió al lecho; bajo sus sábanas estaba el mazo de naipes, que sacó para barajarlas con su única mano válida.

—No es ofensivo el procedimiento, Rosa. Bien sabes que te quiero, que tengo la certidumbre de que a tu lado hallaría la felicidad... Pero no quiero que tú y yo seamos responsables de lo que el destino nos depare. Dejemos que los naipes hablen. ¿Aceptas?

—Acepto-volvió ella a decir y, volviéndose, examinó el mazo de naipes que acababa de extender Diego Lucientes encima de la mesita.

—Yo cogeré una carta y tú otra, Rosa. Si la mía es mayor que la que tú hayas elegido, no hay boda. Y me marcharé. ¿De acuerdo?

—De acuerdo-y sonrió ella, recogiendo todos los naipes que ocultó tras su espalda —. Pero barajo yo...

—¿Desconfianzas? —y Diego Lucientes guiñó un ojo—. ¿Pensabas que he preparado la baraja para que tú sacaras la mayor carta y tuvieras que casarte conmigo?

—Si eso pensase, por una vez habría bendecido tus trampas. Pero... estoy cierta de que si hubiese elegido ahora carta... la tuya habría sido mayor.

—¡Qué tramposas sois las mujeres! Siempre pensáis que los pobrecitos hombres tenemos malas ideas... Conforme con el azar...

pero no hagas trampas, dulzura.

Ella ofreció los naipes, pero ocultándolos bajo su pañuelo a la altura de su pecho.

Diego Lucientes hizo una mueca contrariada.

—Eso es jugar a ciegas-sonrió —. En fin, cogeré la carta que está junto a tu corazón.

Rozó con los dedos el agitado seno de la canaria, y exhibió la carta elegida: un rey de espadas.

—Te felicito, Rosa. Te has salvado el sacrificio...

Ella, con triste semblante, asintió.

—El Azar me es contrario, Diego.

Sacó una carta sin esperanza alguna y al darle vuelta, cayeron de su otra mano todos los naipes. En su rostro plasmóse una alegría sin límites: mostró el as de oros.

—¡Gané! ¡Gané!

—Efectivamente, Rosa. Mejor te hubiera ido que perdieras. Pero, en fin, inclinémonos ante el decreto del as de oros. Ni tú ni yo podemos ser culpados de responsabilidad en lo que el futuro dictamine.

Ella sonriente, avanzó un paso... y era tan atractiva la ofrenda de sus labios, que Diego Lucientes, por espacio de unos minutos se olvidó de que era un mortal, para elevarse en un éxtasis sublime...

Cuando recuperó sus normales sentidos, sonrió algo pesaroso.

—¡Ojalá nunca me maldigas, Rosa!

—Nunca podré más que amarte, Diego-dijo ella fervientemente.

—Más me tranquilizaría el saber que, haga yo lo que haga, tú cuidarás siempre de Gaby como si fuera tu propia hija.

—Te lo prometo.

Y como si fuera para sellar un pacto de fidelidad, de nuevo los labios se juntaron.

Ella misma despedía, poco después, con otro beso al que, por vez primera, salía hacia la capital, para visitar su bergantín anclado en el puerto.

Antes de desaparecer en el recodo del camino, Diego Lucientes a modo de despedida, tocóse la frente, en el surco rojizo... Después, con los mismos dedos tocóse el corazón...

CAPÍTULO II

Dos castigos

Mientras iba descendiendo por el sendero, Diego Lucientes aspiraba con deleite la aromada brisa que emanaban los vergeles floridos por entre los que transitaba.

Veía a lo lejos, en la bahía, la silueta arrogante de su bergantín y sentía vehementes deseos de volver a oír el canto de las olas y posar la vista en nuevos parajes...

Pero el naipe le había sido adverso...

Ante este pensamiento, frunció el entrecejo y en alta voz se reprochó a sí mismo:

—No tienes perdón, Diego. Encuentras la mujer buena que colmaría las aspiraciones de cualquier hombre, y tú, un tahúr aventurero, de mal vivir y que tendrá peor morir si persiste en su alocado caminar, te crees perdidoso... La pobrecilla es la que pierde contigo. Un manco borrachín... eso es lo que eres. Y ella parece feliz con la idea de que tú seas su esposo. En fin, ella quedó avisada. Por tanto, tu conciencia nada debe reprocharte.

Entró en la ciudad, dirigiéndose hacia el puerto. No fué curiosidad lo que le impulsó a acercarse a la taberna, donde al pasar ante una de las ventanas, había oído pronunciar su nombre.

Penetró en ella, sin que su entrada fuera percibida por la reunión de bien trajeados caballeros que, alrededor de una mesa no muy apartada del umbrío rincón a donde se dirigió, bebían escuchando a uno de ellos que hablaba con seca voz rencorosa.

—...y ella pagará inocentemente su embeleco por la fácil parla del que no es más que un charlatán madrileño. Hombre de península. Eso es lo que me duele. Se burlará de ella.

—Rétalo a duelo, Alfonso-dijo uno de la reunión..

Desde el lugar donde se hallaba, pudo Lucientes apreciar que los contertulios estaban algo bebidos.

El llamado Alfonso asintió mudamente a la sugerencia del que acababa de hablar.

Pero otro de los que escuchaban, terció:

—Dicen que es un espadachín temible, Alfonso Gálvez. No debes exponerte en balde.

—Seguramente él se irá con su bergantín-comentó otro.

—Pero... abusará de la candidez de Rosa-exclamó iracundo Alfonso Gálvez —. Lleva ya dos semanas en su casa... y la ve día y noche... Ella es ingenua y sucumbirá al embeleco de ese maldito manco. La besará...

Levantóse Lucientes, acercándose al círculo de hombres sentados. Estaban tan pendientes de lo que iba a decir Alfonso Gálvez, que no le vieron llegar, pero sí le vió el que hablaba.

Se detuvo en seco, poniéndose en pie. Diego Lucientes no pronunció una sola palabra, sino que, con todas sus fuerzas, aplicó su puño cerrado en la boca de Alfonso Gálvez.

El agredido exhaló un ronco rugido y cayó hacia atrás. Sus amigos miraron torvamente al que acababa de intervenir tan brutalmente.

—¡Voto al cuerno! ¿Por qué hicisteis eso, caballero? —gritó finalmente uno de ellos, al recuperarse del asombro.

—Esta conversación no me gustaba-replicó Lucientes y dando media vuelta regresó al lugar donde estaba antes, sentándose de nuevo.

El mismo que le había interpelado se puso en pie, y avanzó basta detenerse ante él.

—Ese no fué un golpe de caballero, señor Lucientes.

—Tampoco era de caballero lo que iba a decir Alfonso Gálvez. Y no pretendo de todas formas, ser un caballero. Pero Rosa Hoyos es una dama honesta, muy por encima de mis charlas y embelecos.

—No debisteis actuar así, capitán Lucientes. Debisteis pegarle con la palma abierta, cual es de uso en quien reta a duelo.

—Yo no he retado a duelo a Alfonso Gálvez. Me he limitado a cerrarle la boca antes de que dijera palabras ofensivas para el buen nombre de Rosa Hoyos.

Alfonso Gálvez estaba luchando por incorporarse. Su boca,

sangrante, ofrecía un extraño aspecto, temblorosos los labios abiertos. Escupió un diente, mientras, ya en pie, alargaba la mano para alcanzar un jarro de vino que bebió con ansiedad.

—¿Dónde está ese cobarde matón? —preguntó furioso.

Uno de sus compañeros señaló el lugar donde estaba sentado Diego Lucientes, quien atrajo hacia el centro de su cinto el tahalí de la espada.

Alfonso Gálvez adelantóse hasta que sus ojos parecieron perforar el pelirrojo que, impasible, le observaba sentado.

—Me daréis satisfacción, señor Lucientes-dijo Alfonso Gálvez.

—Yo ya he quedado satisfecho, señor Gálvez. Continuad bebiendo con vuestros amigos, pero no manchéis el nombre de Rosa Hoyos.

Levantó Gálvez la mano abierta, dispuesto a pegar un bofetón en reto de duelo. Levantóse Diego Lucientes.

—Cuidado. Si me tocáis, escupiréis los dientes que os quedan intactos.

—Modales de matón, muy propios de vos, señor Lucientes-dijo Gálvez dominando su impulso —. ¿Os basta eso?

Uno de sus guantes rozó la mejilla de Diego Lucientes, quien sonrió.

—Una caricia que os agradezco, señor Gálvez. Buenos días.

En la puerta, le interceptó el paso Alfonso Gálvez.

—¿No habéis comprendido que os he retado a duelo?

—No tengo yo ningún deseo de batirme en duelo.

—Bien mirado, no puedo batirme con quien es hombre privado de un brazo. Sería lucha desleal.

—Me bastó con uno para romperos una muela. Dejadme pasar.

—No será sin que antes me pidáis perdón.

—Prefiero el duelo, señor Gálvez. Pero lo que luego suceda, vos mismo lo habréis buscado. ¿Cuándo, dónde y con qué arma?

—Ahora, aquí mismo y a pistola. A veinte pasos.

—Cuarenta es mi medida-dijo Lucientes examinando la sala.

—Es tiro largo.

—Para mí, no. Es la distancia apropiada para que os deje manco. Así seremos dos. Pero en esta sala no hay espacio suficiente.

—Nombrad al caballero que queráis como testigo. Allí hay un patio.

Salió Alfonso Gálvez acompañado por todos los restantes, menos el que había reprochado a Lucientes su puñetazo.

—Yo os serviré de testigo, señor. Pero debo rogaros una modificación en la distancia. Pido quince pasos.

—¡Repámpanos! ¿Vos queréis que muera vuestro amigo? Os haré notar que en el mar, mi pasatiempo favorito en los días de calma chicha, es tirar al blanco. Y hay muchas calmas chichas...

—Alfonso Gálvez necesita una buena lección y quiero que se la deis.

Había tanto encono en la voz del desconocido, que Diego Lucientes le observó críticamente.

—¿Os debe algo el señor Gálvez?

—Me molesta que calumnie a diestro y siniestro. Yo no me he batido con él... porque es buena espada y excelente tirador. Os lo confieso sinceramente.

—Siempre soy sensible a la sinceridad. Podéis ir a indicar a los testigos, que en la sala me conformaba con cuarenta pasos, pero que en el patio la luz me deslumbra y exijo quince.

En el patio, Alfonso Gálvez, quizás por efecto del vino, mostraba una cierta palidez. Se acercó a Diego Lucientes.

—Vuestro testigo insiste en que nos batamos a la distancia de quince pasos. ¿Estáis de acuerdo?

—Yo se lo indiqué así.

—Antes doblasteis la distancia que yo propuse.

—Antes era antes. Ahora quiero mataros-dijo suavemente Diego Lucientes.

En el transcurso de su vida, el madrileño había aprendido a conocer el carácter de los hombres, en los momentos críticos como el que actualmente se desarrollaba. Y acababa de tener la certidumbre de que Alfonso Gálvez, pese a su fama, era un cobarde.

—El honor de Rosa Hoyos bien vale vuestro pellejo, señor Gálvez. En el Caribe maté a dos hombres sólo porque se permitieron la libertad de mirar insistentemente mi manga vacía.

La mentira fué dicha con el propósito de aumentar la desazón que iba apoderándose del hombre hacia el que Diego Lucientes asestaba maliciosamente una mirada provocativa.

Los testigos se acercaron, presentando las pistolas. Se había acordado que cada uno usase la propia o la del contrario. Las dos

pistolas de Alfonso Gálvez eran artísticas y de largo cañón labrado.

Quizás su contemplación devolvió al palmeño cierta serenidad.

—Como veis son del último modelo —dijo con sarcasmo.

—Bastará con que disparen-replicó Lucientes, cogiendo una de ellas.

Hizo retroceder el pistón, cebó con el dedo medio, y apretó el índice en el gatillo, apuntando rápidamente a un jarro roto que había en el suelo a una distancia de veinte pasos.

El pistoletazo hizo saltar el jarro, del que brotaron esquirlas de metal.

—No tiran mal-dijo Lucientes con jactancia —. Me quedo con la otra. No quiero la ventaja de usar la mía que es mejor, porque nunca falla.

Los testigos miráronse entre sí, impresionados.

Alfonso Gálvez fué a colocarse en el lugar que ya el testigo de Lucientes había marcado, contando los quince pasos de distancia entre ambos duelistas.

Los brazos armados pendían al costado, con los cañones apuntando hacia el suelo. Resonó la palmada de señal para hacer fuego, y Diego Lucientes levantó lentamente su pistola, amartillándola.

Alfonso Gálvez disparó precipitadamente y su balazo tiró al suelo el tricornio azul que cubría a medias los rojos cabellos de su adversario.

—Un poquito más abajo, señor Gálvez; y habríais ganado-dijo Lucientes calmosamente, pasado el primer estremecimiento que le produjo el roce mortal.

Levantó la pistola, apuntando a la cabeza de Gálvez, y después apuntó hacia el pecho, con deliberada lentitud.

Alfonso Gálvez, según la ley del duelo, debía permanecer quieto. Pero temblaba y de pronto gritó:

—¡Dispara ya!

Diego Lucientes abatió el brazo con enervante sonrisa burlona.

—Os daba tiempo a que rezarais, señor Gálvez. Pero ya que insistís... Levantó de nuevo el brazo, y con tanta lentitud efectuó el movimiento, que el cañón de su pistola parecía medir el cuerpo de su contrincante, centímetro a centímetro.

Fué apuntando sucesivamente los pies, las piernas, el vientre, la

cintura y se detuvo unos instantes en el pecho.

La última reserva de valor de Alfonso Gálvez desapareció, despejándole instantáneamente de los efectos del vino. Con un gemido agónico dió media vuelta...

Quiso correr, pero sus piernas se le negaron, y cayó al suelo de bruces. Hundió el rostro en la tierra, engarbadas las manos convulsivamente y sacudido el cuerpo por estremecimientos de pavor.

Diego Lucientes arrojó al suelo la pistola.

—Señores, no tengo por costumbre disparar contra cobardes que no saben beber ni saben disparar. Tened por cierto que a nadie diré lo que aquí ha ocurrido, pero aconsejad a este individuo que nunca más vuelva a decir nada en contra de Rosa Hoyos ni de ninguna mujer, porque entonces no será en duelo que le mataré, sino apenas me lo eche en cara. Muy buenos días.

Atravesó el patio e iba ya a salir, cuando volvióse para decir sarcásticamente:

—De mí le permito y os permito que digáis cuanto mal se os antoje. Nunca os acercaréis a todo el mal que yo mismo digo de mí. Repito mis buenos días.

En la calle le alcanzó el que le había servido de testigo, tendiéndole su pistola.

—Os la dejabais, caballero.

—Demostrando con ello falta de gratitud ya que no me mató. Lo siento, señor. Os tocará a vos el eliminar a Alfonso Gálvez. Adiós.

Enfundó el arma, alejándose hacia el puerto. Junto al desembarcadero, una chalupa esperaba permanentemente, con dos bretones en los remos.

Entró en ella, mientras los dos marineros en pie, se cuadraban respetuosamente. Sentáronse, al hacerlo el que era capitán del bergantín “Madriles”, y poco después la chalupa atracaba junto al casco.

La tripulación del Tercio de los Aventureros, formada en cinco hileras, irguióse al resonar el silbato de Ankou Kerbrat, el segundo de a bordo, anunciando que Diego Lucientes pisaba la cubierta.

—En nombre de la tripulación, mi capitán, y en el mío propio, os doy la bienvenida. No ha habido novedad durante vuestra ausencia.

—Gracias, Kerbrat. Me complace pisar de nuevo el “Madriles”. Celebremos nuestra mutua complacencia. Ordena que se den triples raciones de ron y que descorchen tantas botellas de espumoso francés, como hombres hay.

Dirigióse Lucientes a su camarote, y cuando vino Ankou Kerbrat, el madrileño contempló amistosamente la ancha figura del maduro bretón, para el que la disciplina era un credo de fe.

—¿Deseos de zarpar con rumbos nuevos, Kerbrat?

—Los que el señor mande.

—Por el instante seguimos anclados. Voy a casarme, Kerbrat.

—Le deseo la mayor felicidad, señor.

Tras una llamada, entró un contramaestre dejando sobre la mesa una botella de vino espumoso francés y dos copas, mientras Diego Lucientes decía:

—Será mi esposa, Rosa Hoyos, la dama que trajimos desde Cádiz. Murió envenenado su prometido.

El contramaestre salió del camarote y prosiguió Lucientes:

Un día antes de nuestra llegada. Fué infortunio, porque el pobre Adelantado Mayor no tuvo ni siquiera el consuelo de morir en brazos de su prometida.

—¿Sabéis quién le envenenó?

—Fué un símil, Kerbrat. Murió envenenado por unas fiebres malignas. Estaba muy debilitado por su reciente naufragio. Lamento su muerte porque hubiera sido un excelente esposo para Rosa Hoyos.

Escanció el vino Ankou Kerbrat, siempre en pie.

—Brindo por nuestra amistad, Ankou Kerbrat.

—Brindis al que respetuosamente y con vuestro permiso, añado el mío por vuestra eterna dicha, mi capitán.

Vaciaron ambos sus copas, y ante la insistencia del segundo, salió Lucientes a comprobar que la artillería y los cobres relucían bruñidos y que todas las velas, así como los cordajes, estaban en magnífico estado.

Subían al entrepuente de mando, cuando un marino vino a cuadrarse ante Ankou Kerbrat. Alejóse Lucientes y poco después, el rubicundo rostro del bretón aparecía más congestionado que nunca, al aproximarse al madrileño.

—Tengo algo que comunicaros, mi capitán. Desagradable.

—El día es precioso, Kerbrat. No tengo interés en oír nada desagradable.

—Es referente a vuestro matrimonio, mi capitán.

—¡Repámpanos! ¿Qué tendrás tú que decir acerca de mi boda, que me pueda resultar desagradable?

—El hombre que acaba de hablarme es uno de los de mi servicio de seguridad contra motines.

—Un espía... Comprendo que son necesarios, para que el barco navegue preocupándome sólo por las calamidades de fuera sin tener que temer a las internas, pero siempre he despreciado a los soplones.

—Ha oído unos comentarios muy detestables, mi capitán. El contramaestre Mael vierte calumnias imperdonables y recomiendo que ordenéis sea castigado severamente.

—¿Qué dice ese Mael?

—Es el que vino a traer el espumoso a vuestro camarote, mi capitán. Debió oír vuestra frase... y dice que vos envenenasteis al Adelantado para quedaros con su prometida.

Rió Lucientes con cierta acritud.

—El comadreo de los hombres de mar, es a veces peor que el de las hilanderas. ¿Qué tal concepto te merece ese Mael?

—Es contramaestre porque es duro a la fatiga y castiga sin remilgos, mi capitán. Pero es mala lengua y tiene mal vino.

—Dos maldades que no tolero. Vayamos a la cala.

Al entrar en la vasta cala los dos hombres, se produjo un repentino silencio, y cada hombre pasó a ocupar su sitio en las tres hileras.

Desfilaron ante ellos Lucientes y Kerbrat, que se detuvo ante un individuo robusto, de ojos azules y rubio cabello, que formaba cinco pasos al frente de su grupo.

—Ese es el contramaestre Mael, mi capitán-advirtió Kerbrat.

Diego Lucientes miró sin simpatía al aludido.

—Tengo grandes deseos de pegaros un mojicón, Mael. Pero me contengo porque tenéis un concepto exagerado de la disciplina y me parecería abusar de mi cargo.

—Vos sois mi capitán... —empezó a decir el bretón.

—¡Silencio, bergante! —tronó Kerbrat alzando el látigo.

—Déjalo, Kerbrat. Por esta vez puede quebrarse la disciplina que

exige que un hombre sólo conteste al ser preguntado. Yo soy un capitán aficionado, Mael. No lo soy ni por carrera ni por inclinación. Naturalmente, que cuando desempeño un cargo procuro a mi modo hacerlo como es debido. Si fuese oficial, procuraría serlo. Si fuese cabo de varas en una prisión, procuraría serlo. Pero siempre con hombría, porque es la única cualidad que aprecio en mí y en los otros. Y tengo que escupir a tus pies, porque no eres hombre.

Escupió Lucientes ante las botas del bretón, que siguió impávido en posición de firmes.

—El hombre que, como tú, pronuncia sandeces hablando de supuestos envenenamientos y robos de prometida, es un perrito faldero. Anda, te relevo de toda disciplina. Eres un hombre y yo otro. Te hago ese favor. ¿Qué me replicas?

—Vos sois mi capitán. Si fuerais uno de la tripulación... otro gallo cantaría.

—Que cante el gallo-sonrió Lucientes acerbamente —. Oídlo todos. Y tú el primero, Kerbrat. Me ofendió como hombre, no como capitán. Por tanto, le relevo de todo acatamiento y lo que diga o haga no debe ser castigado. Habla tranquilamente, Mael. Que cante el gallo.

El bretón abandonó su tiesa actitud, cruzando los musculosos brazos.

—Daría un mes de paga por estar encerrado a solas con vos en la sala de armas, sable contra sable.

—Tu mes de paga te lo perdono, Mael. Vamos a la sala de armas. Quiero que la tripulación entera sepa que, como capitán, concedo a los míos el derecho a sentirse ajenos a toda disciplina, cuando ofenden al hombre.

Ankou Kerbrat, agitando su látigo, quedóse en la puerta, que Diego Lucientes cerró ante sus narices.

Los marineros fueron aproximándose, para oír tan sólo el rumor de dos aceros entrechocando allá en el interior...

Apenas hubo entrado Mael corrió hacia el armero, de donde extrajo un sable de combate.

—¡Condenado manco! —gruñó—. Vas a recibir el castigo que te mereces por perdonavidas....

Abalanzóse furiosamente... Diego Lucientes fué parando con

cierta dificultad los altibajos forzudos, y pasado el primer aluvión de golpes, impuso la esgrima de frente en la que era maestro.

Lanzó estocadas de punta obligando al contramaestre a replegarse, hasta acorralarle contra el tabique de la estrecha sala.

Fintó fingiendo una estocada al cuello y al cubrirse el contramaestre proyectó de plano un recio golpe con la hoja contra la carótida del bretón, que se desplomó sin sentido.

Tiró Lucientes el sable al suelo, secándose el sudor con la bocamanga de su casaca.

—Ya cantó el gallo y quedó apagado el cacareo.

Fué a abrir la puerta.

—¡Atadme a ese hombre al mástil!

Ankou Kerbrat en persona, precipitóse a cumplir lo ordenado y levantó en brazos al inconsciente contramaestre.

En cubierta, cuando llegó Lucientes, estaban ya los tripulantes formados en círculo alrededor del mástil donde, espaldas desnudas y atado de brazos al palo mayor, Mael había recuperado sus sentidos gracias a las implacables y vigorosas fricciones que le suministró Kerbrat.



...alrededor del mástil donde, espaldas desnudas...

Diego Lucientes habló en voz alta y burlona:

—El hombre permitió que el gallo cantara, marineros. Pero el capitán ha sido doblemente injuriado. Si este hombre murmuró a mis espaldas, hubiese sido perdonado, al reconocer su error y

pedirme excusas. Pero su primera injuria la renovó, adoptando aires de reto. Y por segunda vez injurió al capitán, llamándole manco. Es innegable que soy manco, pero no me gusta que me lo recuerden. Conque, por esta doble injuria, Ankou Kerbrat tiene la palabra. ¿Cuál es el castigo?

—Lengua cortada, frente marcada al hierro y cincuenta azotes.

—Las lenguas de ternera sí me gustan. No las de rufián calumniador. Tampoco me gusta el olor del sebo quemado. Por lo tanto, bastará con cincuenta azotes, y expulsión de mi barco. No me gustan tampoco los gallos que a la hora de cantar son gallinas. Empieza, Kerbrat.

Los latigazos de Kerbrat nada tuvieron de contemplativos. Terminado el castigo, Mael estaba sin sentido, pero el segundo de a bordo, después del ejercicio, se tambaleaba como un hombre ebrio.

—Y ahora que se refresque en tierra-dijo Lucientes —. Llevadle al puerto. Dadle dos pagas, y decidle que si vuelve a bordo lo echaré al agua con una bala de cañón al cuello. Y que si me ve por la ciudad, que se aparte de mi camino.

CAPITULO III

Dos cartas...

La boda de Diego Lucientes y Rosa Hoyos tuvo lugar en una ceremonia privada a la que sólo asistieron los padres de la contrayente y Ankou Kerbrat, como testigos.

Por espacio de quince días, Diego Lucientes vivió la existencia de recién casado en fiel observancia de la vida conyugal. No salía de casa de su esposa más que para pasear por los bosques de los alrededores, con su hija Gaby y Carlos Lezama.

En una ocasión en que Gaby quedóse encamada protestando de que quisieran levantarla a las ocho de la mañana, Diego Lucientes paseó a solas con el hijo del Pirata Negro.

—¿Puedo saber, Carlos, a qué obedeció tu madrugón?

—Quería hablarte a solas, "Medio-Brazo", y sé que Gaby es una perezosa que quiere desayunar en la cama y no levantarse antes de las nueve. Se está volviendo muy comodona.

—Lo da el clima-dijo Lucientes seriamente —. ¿Y qué es lo que a solas quieres decirme?

—Mi padre tarda... Tendríamos que ir en su busca. ¿Dónde está?

—Fué a tierra bereber a rescatar cautivos cristianos.

—¿Está muy lejos esa tierra bereber?

—Mucho, pero no para un buen velero como el de tu padre.

—¿Por qué fué a tierra bereber? ¿Qué es eso de rescatar cautivos cristianos?

—Los piratas bereberes son individuos barbudos de malos sentimientos que apresan a gentes inocentes y les matan o piden dinero por ellos a sus familiares. Tu padre les ha declarado la guerra, no sólo impulsado por su caballerosidad, sino para que algún día tú te sientas muy orgulloso de ser su hijo.

—¿Quieres dibujarme la tierra bereber?

Sentóse Diego Lucientes y alisando el suelo con su bota, fué trazando en la superficie de blanda tierra rasgos y contornos con la punta de su espada a medida que hablaba:

—Ese redondel es la isla donde ahora estamos. La isla de la Palma. Bogando hacia el Norte y en rumbo Este, tocarías costa africana, que es esta panza. Esta panza va estrechándose al Norte, allí donde las aguas del Mediterráneo se mezclan con las del Atlántico, este mar que nos airea. Se unen en un estrecho llamado de Gibraltar. Una vez atravesado este estrecho, se llega en el litoral sur a la costa bereber, cuya primera ciudad es Orán.

—¿Fué a Orán mi padre?

—No. Iba más lejos. En un declive de la costa que va hacia la Arabia, aunque a punto fijo no me indicó donde pensaba anclar. Pero volverá pronto.

Carlos Lezama había escuchado con gran atención. Alzó el rostro, contemplando con expresión meditativa a su mentor.

—¿Tú no decías que no tenías más que un amigo, y que éste era mi padre?

—Esa es la verdad. Sólo tu padre ha sido mi amigo. Varias veces me salvó la vida.

—Entonces, ¿qué haces tu aquí tan perezoso como tu hija?

Diego Lucientes parpadeó sorprendido.

—¿Cómo qué hago yo aquí? Pues... me he casado. Tengo esposa que es ahora la madre de Gaby... y eso. Descanso.

—No deberías descansar, sino ir en busca de mi padre y traerlo pronto porque yo necesito verle y también a “Cien Chirlos”, porque sin ellos estoy como barco varado en la arena.

Enlazó Lucientes los hombros del muchacho, al que mantuvo apretadamente contra su pecho.

—Eres la voz de mi conciencia, Carlos. Múltiples veces he pensado que debía zarpar en busca de tu padre y más ahora que ya tengo quien cuide de ti y de Gaby.

—Llévame contigo...

—No. Tu padre me reñiría.

—¿Por qué te había de reñir? Estaría muy contento al verme. Y te abrazaría satisfecho. Quiero navegar. Ya estoy harto de quedarme en tierra.

—Navegar entraña ciertos peligros a los que no puedo exponerte sin la autorización del hidalgo Lezama. Y él, bien claro me dijo, que tú aguardarías aquí su regreso. Es orden que tú y yo debemos cumplir, como corresponde a hombres responsables.

—Hay órdenes que no deberían darse.

—De acuerdo, buen mozo. Pero la principal condición de toda orden es que no debe ser discutida.

El heredero del título de los Ferblanc asumió un aire de circunspección para exponer su certidumbre:

—Tengo tu promesa de que zarparás hacia tierra bereber en busca de mi padre. Y sé que no faltarás a ella, porque eres hombre cumplidor de aquello que afirmas.

Por la tarde, y en los juegos al escondite que Gabrielle Lucientes y Carlos Lezama celebraban con gran algazara por los bosques, la hija de Lucientes estuvo sofocada de indignación porque, pese a sus activas pesquisas, no dió con el paradero de su compañero de juegos.

Harta ya de buscar, decidió declararse vencida, llamando a grito pelado al que había sabido ocultarse tan bien a su penetrante mirada.

Carlos Lezama se dignó contestar a la llamada, porque ya había copiado en un trozo de papel, con ayuda de una astilla empapada en brea, el tosco mapa que Diego Lucientes había trazado aquella mañana señalando la posición de la tierra bereber.

* * *

Terminada la cena, llegaba el momento que complacía a Rosa Hoyos, la cual escuchaba encantada las narraciones que su esposo le hacía de las aventuras que había compartido con el Pirata Negro.

Pero aquella noche, Diego Lucientes remontóse a tiempos lejanos. Cuando era estudiante de leyes.

—...eran manifestaciones de una inquietud de espíritu, que no sabría definirte, Rosa. Algo así como si en todas partes me hallase descentrado. La larga permanencia en un mismo lugar me causaba una impresión abrumadora de desasosiego, de opresión.

—Porque no hallabas con quien compartir tu soledad en mutua compenetración. Yo te entiendo perfectamente.

—¿Sí? Ojalá sea verdad. Recuerda que te advertí que el día menos pensado podría yo levantar el vuelo.

—La única sombra en mi felicidad, es el pensar en esto. Yo sola sabría soportarlo, porque sabría también que tarde o temprano volverías. Pero mis padres sufrirían. Escucha, Diego: En la isla Lanzarote tenemos una casita. Es donde nació mi madre. ¿Por qué no vamos allí, tú y yo solos, con los dos niños? Aquello te gustará... y si me abandonas, mis padres lo ignorarán.

Intentó ella reír con cariño que le infundía valor.

—Además, aquella isla te gustará. Posee rincones de asombrosa belleza, que dudo hayas podido ver nunca en tu existencia de vagabundo.

Tendióse él en el diván y apoyó la nuca en el regazo de Rosa Hoyos.

—Ya que hablamos de cosas que pueden suceder, Rosa, vamos a poner en claro varios puntos. El primero y más importante es que tú eres un tesoro que yo no merezco poseer.

Ladeó la cabeza para besar las manos femeninas.

—El segundo punto es que si algún día me marcho, sé que Gaby contigo estará bien cuidada.

Ella, húmedos los ojos, bajó los párpados.

—La cuidaré como a mi hija, porque la quiero... y porque sé que no separándome de Gaby, tú vendrás, si no por mí, por ella.

—Por las dos. Tengo a veces nostalgias de visitar la tierra francesa. Te va a sorprender lo que voy a decirte: no ignoras que la primera vez que induje a error a una mujer, fué cuando pedí en matrimonio a Gabrielle de Civry, la madre de Gaby.

—Ya me narraste la extraordinaria aventura en que la conociste.

—Pero lo que no sabes es que heredé un castillo de esos de verdad. No de los que con la imaginación construimos en España, sino un castillo de sólidas piedras berroqueñas, situado en los márgenes de un río encantador: el tío Loira. Un castillo, que se mira en las aguas que susurran poemas de encanto por la ciudad de Angulema. Allí está el castillo de Civry. Siempre he soñado que cuando mi hija tenga doce o trece años, pueda tener en Civry sus preceptores y se disponga a vivir según el rango que le pertenece. Si yo faltase...

Los brazos de Rosa Hoyos formaron un collar de suave ternura angustiada alrededor del cuello del pelirrojo.

—¡Por favor, Diego!

—Comprenderás, amor mío, que yo tengo deseos de vivir cuantos más años mejor. Pero estamos hablando en el terreno de las suposiciones. Escribí hace dos días al colono guardián del castillo. Si yo faltase... tú y mi hija seréis recibidas como legítimas dueñas. Aunque también, si por cualquier circunstancia quieres visitar el castillo, todos los honores te serán tributados. Pero no hablemos de cosas que hagan fruncir tus lindas cejas en gesto de pena. ¿No querías que fuéramos a Lanzarote? Mañana mi bergantín nos llevará a la isla que tiene nombre de caballero de la Tabla Redonda.

Supo desviar el madrileño la conversación, y cuando poco después llevaba enlazada a su esposa, ésta sonreía dichosa, olvidando los funestos presagios que por un instante habían embargado su alma.

Tres días después, era ya tarde en la noche cuando, en la casita de la isla de Lanzarote habitada exclusivamente por Rosa Hoyos, su esposo y los dos niños, Diego Lucientes deslizábase silenciosamente hacia una de las alcobas.

Gabrielle Lucientes dormía apaciblemente, prietos los blancos puñitos bajo la tersa barbilla.

Su boca ancha suspiraba en tenues respiraciones, y por espacio de varios minutos un hombre tuvo que hacer los máximos esfuerzos para no arrepentirse de su decisión.

Inclinóse y sus labios rozaron la frente de la niña. Los pardos ojos siempre reidores y truhanescos del madrileño pelirrojo, estaban empañados en velo cegador cuando salió de la alcoba...

Y un bergantín zarpó cuando aun faltaban dos horas para el amanecer. En el puente de mando, Diego Lucientes pasóse por dos veces la única mano por las pestañas, como si la brisa marina mojase su rostro.

* * *

Rosa Hoyos despertó tendiendo los brazos lánguidamente en desesperezo feliz. El apasionamiento de su esposo la había elevado aquella noche, a las cumbres del éxtasis amoroso...

Miró por la abierta ventana saludando con fruición el nuevo día que resplandecía de sol, aunque en lontananza divisábanse nubes rojizas anuncio de cercano vendaval...

De pronto, la sonrisa se borró de su semblante y sintió una repentina sensación helada que cubrió su cuerpo de

estremecimientos.

Encima de la mesita de noche y apoyado contra el pie del candelabro, un pergamino de blanco tejido ostentaba su alba indiferencia de cosa muerta.

La mano femenina, con temblor nervioso, asió el cuadrángulo, que desdobló...

“Arrecife de Lanzarote, a siete de abril de 1710.

”A la que es flor por nombre y por aroma de bondad:

”No me leas con pena, ni aumentes con lágrimas mi hondo pesar. Cuando vayas recorriendo estas líneas, estaré lejos. No es sólo mi instinto de inquietud el que me obliga a desplazarme. Existe un deber de amistad. El hidalgo Carlos Lezama se halla quizás en peligro... quizás ha muerto. Necesito cerciorarme de dónde está. Si preso, poder salvarlo sería para mí un galardón de alegría, porque en algo pagaría las muchas deudas que con él contraje.

”Siempre me acusó él de temperamento voluble y alocado. No se lo discutí, y desde luego para cualquier persona sensata, yo soy un loco. Me alejo de ti... y sin embargo te quiero con la honestidad que en ninguna mujer puse, aparte de mi primera esposa. ¿Por qué, entonces, he de irme? ¿Por qué no esperar pacientemente noticias del hidalgo Lezama?

”Si las locuras pudieran explicarse, dejarían de serlo. Sin embargo, recuerdo a un hombre que se pasaba seis días de la semana mortificándose con ayunos y durmiendo en lechos de tablas sin cobertura alguna, en noches de frío. Era un hombre adinerado, y cuando le reproché su locura, me replicó que sólo hallaba goce en su séptimo día semanal, porque sufría privaciones durante los otros seis días.

”Me privo de la felicidad que me deparabas. Volveré, ya que tú eres tan buena que consentiste en perdonarme mis ausencias. Lejos de ti alienta en mis labios el sabor de tu último beso, que me deja con nostalgias de saborear otros...

”Tengo que apartarme de poesías para entrar en cosas prosaicas. Dejé en tu cofre la cantidad suficiente para que durante tres años nada os falte, ni a los dos pequeños ni a ti. ¿Tres años? No los soportaría lejos de ti ni de Gaby. Pero te repito, que en caso de que mi ausencia se prolongase indefinidamente, estipulé con el colono del castillo de Civry, que le escribiría periódicamente dándole

noticias de mi paradero... Y que si durante el período de dos meses dejaba de recibir noticias mías, el notario de Angulema tiene ya en su poder el testamento por el que os nombro a ti y a Gaby herederas.

”Sonríe, flor canaria. Nada en este mundo vale la pena de que tus bellos ojos lloren. Y mucho menos yo, que estimo que mi mejor obra será la que realice el día que desaparezca del mapa.

”No insisto acerca de Gaby. Te quiere y tú la adoras. Miéntele, diciéndole lo que tu sensatez te aconseje. Conserva en ella la esperanza de que yo soy un padre honesto.

”En cuanto a Carlos, bien sabes que para él quiero las mismas atenciones que para mi propia hija. Será el único que se alegrará al saber que me he ido en busca de su padre. Díselo a solas, porque Gaby es de inteligencia despierta, como era lógico esperar en quien es mi hija, y si mi ausencia la achacase tan sólo a la búsqueda del hidalgo Lezama podría cobrar injustamente rencor a mi amigo.

”Nada más, Rosa. Cuando por las noches oigas a tu lado un susurro y no te lo sepas explicar, será la voz de mi alma que, pidiéndote perdón, a la vez te repetirá incesantemente: “Tú, sólo tú”...

Diego Lucientes”

Al terminar la lectura, Rosa Hoyos hundió el rostro en la almohada y permaneció así por espacio de más de media hora. Sólo tenía en su imaginación la figura del alegre aventurero, que sabía hacerse perdonar cuanto hiciera. Pero un grito ronco que ascendió desde la terraza-jardín, hizo saltar del lecho a la valiente mujer que por amor, supo poco después fingir una sonrisa, al recibir el saludo de Carlos Lezama.

—Buenos días, señora. Grité... porque tengo hambre y no había desayunado como siempre lo hacéis.

Ella arrodillóse delante del muchacho, que, sorprendido, la miró mientras ella le abrazaba. Y apoyada en su hombro, ella le decía:

—Sé que no te gustan los mimos, Carlos. Pero perdóname. Hoy estoy algo apenada porque mi esposo... se fué en busca de tu padre.

—¿Y eso os apena, señora? A mí me da mucha alegría. ¿Cuándo se marchó?

—Zarpó esta madrugada.

—Iría seguramente rumbo a la costa bereber-dijo Carlos Lezama

con tono doctoral.

Levantóse Rosa Hoyos, pasado su momento de desfallecimiento.

—Te suplico que no le digas a Gaby el motivo de la marcha de mi esposo. Compréndelo. Ella podría… tomarlo a mal, si algo le ocurriera al que tú llamas “Medio Brazo”.

—Comprendo, señora. Y mi padre dijo que a las súplicas de las damas es descortés negarse. Además, es natural. Tampoco a mí me gustaría que mi padre me dejase para ir en busca de “Medio-Brazo”.

Volvió ella a abrazarlo y mientras lo hacía, musitó:

—Quiero pedirte un favor, Carlos.

—Decid, señora. De antemano os lo concedo. Así decía mi padre.

—El favor que de ti quiero es que no me llames “señora”. Simplemente “Rosa”… o “mamita”, como suele llamarme Gaby.

Meditó unos instantes el muchacho, y por fin agachó la cabeza.

—Como mandéis… Rosa.

—No te lo mando, te lo suplico.

Alzó él la cabeza mirando rectamente a la que le hablaba, con el dulce acento peculiar de las isleñas.

Y en gesto espontáneo, tendió el muchacho su diestra.

—“Medio-Brazo” decía que eras la mujer más buena del universo. Por eso te llamaba yo “señora” y no te hablaba de “tú”, como prueba de respeto. Bueno, ahora me voy a desayunar si me abres la alacena. Me bastará con queso y pan, galletas y tasajo. No quiero chocolate, porque creo que debo dejarte a solas, porque estarás deseando hablar con Gaby.

Gabrielle Lucientes dormitaba, cuando al oír los pasos de Rosa Hoyos portando la bandeja en que humeaba el chocolate, sentóse en el lecho, frotándose los ojos.

—Buenos días, mamita. El sol está alto… ¿Te dormiste, eh?

Rosa Hoyos depositó la bandeja en el regazo que la niña formaba con las sábanas.

—Oí el rugido del bruto de Carlos —siguió diciendo Gabrielle—. Siempre se levanta pronto porque dice que un hombre de mar se lava cuando el sol asoma. Figúrate que después de que el sol asoma y se ha lavado con agua muy fría, se echa a correr por el monte, porque dice que subiendo por los árboles se hace la idea de que trepa por masteleros. ¡Qué niño más bruto!

—Tengo… tengo que anunciarte algo, hijita. Pero me has de

prometer que como yo... te lo tomarás calmosamente, sin llorar ni hacer espavientos.

Gabrielle Lucientes examinó el rostro de la palmeña, quien esforzábase para dominar el naciente impulso que sentía de gritar su pena y su desesperación...

La niña apartó la bandeja a un lado. Cruzó las manos y su ancha boca empezó a dibujar una mueca...

—No tengo hambre, mamita... ¿Tienes pena, mucha pena, verdad?

Ambas se quedaron estrechamente abrazadas en silencio. Silencio que al fin rompió Gabrielle para decir con voz sollozante:

—Volverá... ¡porque nos quiere! Eso es lo que querías decirme, ¿no, mamita? ¿Que se fué?

—Tu padre tuvo que partir precipitadamente, ¿sabes? Lo llamaban de España, porque los hombres tienen que arreglar asuntos, de escribanos y herencias. Pero al despedirse me dijo que te abrazase, porque él tenía siempre mucha pena cuando se despedía de ti...

Cuando ambas se apaciguaron, Gabrielle Lucientes guiñó un ojo y por un instante Rosa Hoyos vió a Diego Lucientes.

—¿Sabes que he pensado, mamita? Cuando mi padre regrese, hundiré su bergantín... ¡Maldito bergantín!

—Es palabra fea, hijita. Pero, ¿por qué quieres hundir su barco?

—Pues así ya no volverá a marcharse. ¡Ea!

* * *

Fué inútil cuantas salidas efectuaron Rosa Hoyos y Gabrielle en busca del que no había aparecido a almorzar, ni tampoco a cenar.

El mar rugía con estruendoso furor y el cielo encapotado, no dejaba traslucir la menor estrella, cuando un pescador vino a golpear, cercana la medianoche, en la puerta de la casita donde moraba Rosa Hoyos.

—¿Carlos? —preguntó ansiosamente la palmeña.

—Me dió esta carta para vos al mediodía. Pero me hizo jurar por todos los santos que no os la entregase hasta la medianoche. Y... ahora estoy arrepentido de habérselo jurado. Creí que era una jugarreta de niño revoltoso... Y el mar clama hambriento. Hay galerna...

—¿Qué... queréis decir?

—A eso del mediodía, poco después de que el niño me entregase esta carta, le vieron hacerse a la vela en un barquichuelo. Le dejaron porque ya otras veces lo había hecho. Pero… no ha regresado.

Con un gemido de angustia, rasgó Rosa Hoyos el sello que toscamente cerraba el escrito.

”Rosa:

“Boy” en pos de “Medio-Brazo” a la costa “verever”. No puedo aguardar más tiempo entre dos mujeres. Quiero ver a mi padre y a “Cien Chirlos”. Orzando como me enseñó mi padrino, alcanzaré el “vergantín”.

”Hasta pronto. Besos a Gaby. Que sea “buena”. Muchos besos a ti,

Carlos Lczama”

Tres días después, el mar calmado devolvía su presa. Un barquichuelo despedazado al amanecer, y al mediodía, en la red de un pescador, el cuerpo de un niño atrozmente mutilado, salió a flote.

Con lamentos desgarradores, Rosa Hoyos presenció la fúnebre ceremonia en la que los pecadores de Arrecife sepultaron devotamente bajo un túmulo el cuerpo destrozado.

Rosa Hoyos, demacrada y sintiendo en su corazón lacerado la pena más insoportable, fué escribiendo en la cruz que coronaba el pequeño túmulo, la fatal tragedia:

“CARLOS LEZAMA.
Muerto el diez de abril de 1710.
A la temprana edad de siete años.
Dios acoja su alma inocente”.

CAPITULO IV

La goleta de “Sansmercy”

Procedente de las colonias francesas, la goleta “Sansmercy” dirigía su proa hacia el puerto de Marsella. Habíase aprovisionado en primera escala en el puerto de Tenerife, pacífico anclaje sin peligros, y disponíase a efectuar sin escalas la navegación hasta tierra francesa.

Era una goleta de la cual estaba muy orgulloso su capitán, Marius Castel, que aunque la mandaba en corsario por cuenta de una compañía naviera marsellesa, la consideraba con tanta ternura como si fuera de su propiedad.

Hacía ya siete años que la mandaba, y en aquel lapso de tiempo, la nave había demostrado que bajo un experto gobierno no tenía rival. Los sucesivos triunfos del capitán Marius Castel habían envalentonado al marsellés.

La “Sansmercy” había efectuado numerosas veces el periplo del Atlántico, y a través del mar de los Sargazos y del Caribe había sabido eludir los ataques de fuerzas piratas superiores, o vencer en forma aplastante a navíos de mayor calado.

En este viaje, el capitán Marius Castel regresaba con las calas repletas no sólo de botín aprisionado a naves españolas, sino de mercancías de las colonias que adquirían altos precios en los mercados franceses.

Habitualmente, no admitía pasajeros, pero las ofertas que le hicieron el ingeniero artillero Valban, su esposa y cuñada habían sido tan tentadoras, que Marius Castel había aceptado darles camarote.

Para Marius Castel no había más que dos placeres que merecieran su atención, aparte su goleta: la buena mesa y

amontonar monedas.

Su rapacidad avariciosa sólo era igualada por su glotonería, y para él las mujeres eran aves de paso para entretener sus llegadas a puerto.

Sin embargo, aunque poco aficionado al bello sexo en el sentido contemplativo y platónico, no podía dejar de reconocer que Renée era digna de ser mirada por el simple placer que se obtenía contemplándola.

La cuñada del ingeniero Valban, según la veía Marius Castel, era una muñeca de oro y nieve. Cabellos rubios de oro, ojos de un color castaño claro que al dar en ellos la luz brillaban como el oro.

Y para Marius Castel ahíto de mulatas, negras y bronceadas bellezas marsellesas, Renée Soubiron poseía el atractivo inmenso de una piel cuya blancura nunca había visto en ninguna otra mujer.

Acodado en la cabina de mando, el capitán Marius Castel dejaba vagar su imaginación, esculpiendo en el aire la figura de Renée Soubiron. La nariz levemente respingona, que complementaba el encanto de los labios extraordinariamente rojos. Veía el labio superior más corto que el inferior, lo cual daba a la boca de la cuñada del ingeniero Valban el aspecto de estar semiabierta en perenne invitación…

Y estaba tan perfectamente proporcionada desde los delgados tobillos hasta el busto exuberante, que Marius Castel íntimamente sentíase por una vez inclinado a abandonar su recalcitrante soltería.

Pero si ésos eran sus pensamientos, muy distintos eran los de Renée Soubiron. Acababa de desayunar en la sala en que se abrían los tres camarotes, dos de los cuales ellos ocupaban, y contemplaba divertida la eterna actitud apasionada con la que su hermana y el ingeniero Valban dedicábanse múltiples y fútiles atenciones.

—Hace dos años que os casasteis —dijo Renée, de pronto-y sin embargo parece que no hace ni dos días.

Víctor Valban sonrió con aire levemente cohibido. Era un excelente y metódico caballero, cuya amplia frente denotaba que era hombre de trabajo cerebral, como lo demostraba con continuas e ingeniosas invenciones que habían motivado que fuese llamado a la corte francesa, donde había llegado ya su fama de artífice excepcional en construir toda clase de extrañas maquinarias de inconcebibles resultados.

Particularmente, era un hombre bondadoso y poco amante de las violencias. Miró interrogativamente a su esposa, que era un vivo contraste físico con Renée.

Alta y morena, la belleza de Solange Soubiron indicaba a las claras su nacimiento criollo. Ambas hermanas habían nacido en La Desirée, la isla francesa de las Antillas, y éste era su primer viaje a Europa.

Solange Soubiron salió en defensa del atribulado marido, que al menor ataque malicioso de Renée se sonrojaba como un colegial sorprendido en falta.

—No hagas caso de mi hermana, Víctor. Yo creo que ella siente envidia de soltera.

—No será por falta de pretendientes —arguyó Valban, convencido—. Dejemos a todos los habitantes de La Desirée, para no fijarnos más que en el capitán Marius Castel, que pone los ojos en blanco y suspira lánguidamente cada vez que Renée le dirige la palabra.

Contento con haber hallado una forma de atacar a su cuñada, rió Valban con risa bondadosa de hombre sinceramente feliz.

—¿Ese obeso y vanidoso corsario? —protestó Renée, indignada —. Rezuma grasa por todos los poros, transpira continuamente, y... da asco con sólo verle.

—Pero nos hizo un gran favor. En su barco estamos seguros de alcanzar sin peligro la costa francesa-dijo Solange —. No es por vanidad que él afirma que la goleta “Sansmercy” ha navegado siete años por todos los mares, quedando indemne. En las Antillas tiene fama de ser un corsario prudente...

—También la tiene, y legítima, de ser un avaro que por dos onzas vendería su alma. Lo detesto.

La vehemencia con que hablaba Renée hizo sonreír a Valban.

—¿Por obeso y corsario?

—Por ambas cosas... y porque comiendo me quita el apetito. Devora como un hambriento. Y he oído hablar tantos horrores de los corsarios, que a veces me infunde pánico.

—Un corsario atiende primero a su cofre, estimada cuñada. Le pagamos con largueza y tuve la prudencia de advertirle que a nuestra llegada a Marsella, le daría otro tanto. Descuida y aleja de tu mente toda prevención. El capitán Marius Castel olvidará sus

modales groseros, porque le conviene a su bolsa. Habrás visto que se comporta, o procura al menos comportarse, como un capitán que atiende a sus invitados a bordo de un buque de guerra.

—Algunas noches, después de atrancar bien mi puerta, me pongo a pensar que podría apresarnos y exigir por nosotros rescate.

—Aleja también esta natural prevención. Quizás el capitán Castel sienta tentaciones de hacerlo...

¿Ves? —gimió asustada Renée, pensando en las viscosas manos del capitán corsario.

Tomaba por testigo de su pánico a su hermana, pero fué el ingeniero quien reposadamente le inspiró confianza añadiendo:

—Pero se guardará mucho de hacerlo, porque sabe que dejé encargado al gobernador de La Desirée de que advirtiera a Su Majestad que tomamos pasaje a bordo de la "Sansmercy" para cumplir cuanto antes con el mandato real. Y Marius Castel sabe que si no quiere terminar en la horca su carrera de corsario bienquisto por el rey, debe guardarnos toda clase de atenciones. Ésta fué la razón por la que no vacilé en embarcarnos a bordo de su goleta.

Después del desayuno y cuando el mar no estaba en exceso alborotado, Valban y las dos mujeres paseaban por el entrepuente, donde Marius Castel había dado orden de que ningún corsario transitase mientras por él anduvieran los tres pasajeros.

Estaba cercano el mediodía, cuando Renée Soubiron, que dormitaba en una hamaca tendida en el entrepuente, abrió de repente los ojos, avisada instintivamente de que alguien, detenido ante ella, la estaba observando desde hacía unos instantes.

Era una sensación que se confirmó al ver el rostro grasiento del capitán Marius Castel, que se esforzaba por sonreír amablemente al verse sorprendido en su "platónica" contemplación.

—Buenos días, "mademoiselle". Es una gloria reposar acariciada por la brisa marina. Dormíais... como supongo lo harán los ángeles allá en lo alto.

No creo que los ángeles usen hamaca capitán-dijo ella, sentándose y reajustando sus ropas. Y con cierta malicia agresiva, añadió —: No os suponía poético, capitán.

—El mar, el sol... y las hermosas, hacen de los hombres de mar trovadores, cuando la musa que los inspira, tal como vos, es digna de madrigales.

—No os sienta el “madrigalear”, capitán. Vuestra figura es... más propia de otros menesteres.

—Un corsario, “mademoiselle”, tiene también un corazón sensible...

—Vos lo lleváis recubierto de tantas capas de carne, que dudo que nada pueda hacerlo sensible.

Los negros ojos del marsellés brillaron malignamente.

—Vuestra respuesta es algo acre, “mademoiselle”. No tengo costumbre de que me repliquen así.

Levantóse ella, y junto al rechoncho corsario, su silueta menuda adquirió mayor realce.

—Tendréis, pues, que acostumbraros, capitán. Al menos hasta que lleguemos a Marsella y siempre que pretendáis cortejarme, porque ya después será con gran placer que os perderé de vista.

Avanzó Marius Castel su diestra, y la presión con que rodeó el hombro nacarado de Renée Soubiron al atraer hacia sí a la criolla, demostró que su obesidad era maciza. Ella, percibiendo contra su piel la presión sudorosa del corsario, sintióse próxima al desfallecimiento.

La abrazó con recia brutalidad, y aunque ella forcejeó, no pudo evitar que en sus labios sintiera el roce de la boca masculina...

Un grito rasgó la tranquila y serena paz del ambiente...

—¡Bergantín a estribor!

El aviso del vigía descongestionó a Marius Castel, quien volvió a ser el ave de presa. Separó a la criolla, murmurando:

—Ya seguiremos esta conversación, paloma rebelde.

Desapareció corriendo, con más agilidad de la que era de suponer en su rechoncha humanidad.

Renée apoyóse en la borda, temblorosa y desfallecida. Lo que no podía lograr el balanceo de los primeros días en que había embarcado por vez primera, percibía ella que lo había conseguido el acto del corsario.

Nunca había sido besada, y ahora notaba que un asco incalificable le hacía frotar vigorosamente sus labios, como para borrar de ellos el infamante beso robado.

Sintió ascender en su corazón un odio pujante hacia el viscoso sujeto, que se había atrevido a forzar su pudor. Pero también sentía cierto temor, pensando que en realidad estaban en poder del

corsario...

Decidió callar lo sucedido al ver acercarse a su hermana y al ingeniero, que se acodaron junto a ella.

—Estás temblando, Renée-comentó su hermana —. ¿Qué te ocurre?

—Nada. Supongo que será un poco de frío-y para desviar la conversación, señaló la silueta arrogante de un bergantín, que, como la goleta, enfilaba proa hacia el Norte.

Estaba alejado unas dos millas.

—Hermoso barco. ¿Para qué habrá gritado el hombre que está enclaustrado en aquella torreta de lo alto?

—Es su obligación señalar el paso de otras naves-explicó el ingeniero.

La voz potente del capitán Castel pareció caer desde lo alto del puente de mando encima de las cabezas de los tres pasajeros:

—¡Izad pabellón!

Vieron los tres pasajeros como flameando en el aire iba subiendo la bandera francesa, en la que había un delfín bordado de través.

—Es la enseña corsaria de Marius Castel-dijo algo inquieto Valban.

—¡A las piezas! —tornó a gritar la voz de Marius Castel.

Víctor Valban miró hacia el puente de mando, en que el capitán Castel provisto de anteojo, lo asestaba contra la estampa del bergantín que bogaba en la misma dirección que la goleta.

Corriendo por la cubierta, fueron desfilando corsarios, algunos de los cuales portaban largas pértigas rematadas en un círculo de madera.

Sabía Valban que eran los atascadores de proyectiles, pero prefirió no explicarlo.

—¡Doble tiro de aviso! —ordenó Castel—. ¡Son españoles!

Víctor Valban subió por la escalerilla que conducía al puente de mando. No se dió cuenta de que le seguían su esposa y cuñada, tal era su ansiedad por hablar con el marsellés.

—Oídme, capitán. Supongo que no tendréis intención de atacar ese bergantín.

—¿Por qué no? Es barco español y de traza mercante. Estará poco artillado y al ver mi enseña preferirá rendirse. Es un rico botín.

—Tened en cuenta que a vuestro bordo viajan dos mujeres, a las que váis a exponer a...

—Vos, a vuestros cometidos, señor, y yo a los míos. Nadie debe aconsejarme lo que debo hacer a mi bordo. Mando yo aquí. No lo olvidéis.

—Pero... —intervino alarmada Solange Soubiron—, ¿qué pensáis hacer?

—Simplemente, ordenarles que se detengan. Si no lo hacen, les desmantelaré y entraré al abordaje, colgando al capitán y a sus contramaestres, como advertencia para el futuro. Nadie debe desobedecer las órdenes de Marius Castel...

Un sonoro estampido remachó la frase del capitán corsario. Los tres pasajeros, suspensos de emoción, vieron cómo a proa y a popa del bergantín, a escasos metros de la estructura, se elevaban dos penachos de espuma, indicando que la orden de detención acababa de ser cumplida por los artilleros de la goleta “Sansmercy”.

Dos llamaradas brotaron de la banda de babor del bergantín, y ambas mujeres se abrazaron angustiadas al ingeniero, al ver cómo a proa y a popa de la goleta formábanse dos cráteres de agua que inundaron la cubierta, coincidiendo con el sonoro estallido que indicaba que el bergantín español replicaba de idéntica manera a la orden del capitán corsario.

Marius Castel, congestionado el rostro, lanzó una imprecación malsonante.

—¡A vuestro camarote, por cien mil pares de cañones! —gritó a los tres pasajeros.

—Sea cual sea el resultado de vuestra imprudencia, capitán —dijo dignamente Valban—, ya rendiréis cuentas a Su Majestad, a vuestra llegada, por comportaros tan groseramente con dos damas, poniendo en peligro sus vidas.

—¡Atención, artilleros estribor! —gritó Marius Castel.

Los tres pasajeros se dirigieron a sus camarotes, y Víctor Valban enlazando a ambas mujeres, tuvo aun tiempo, antes de entrar en la sala, de ver cómo los artilleros se disponían a disparar, tomando por blanco el aparejo del bergantín, según la orden reciente del capitán Castel.

* * *

Diego Lucientes, al cuarto día de navegación, había olvidado ya

todo remordimiento. Era un rasgo peculiar de su carácter despreocupado, que nunca se sentía culpable, porque estimaba que si hacía lo que de antemano advertía, a nadie engañaba.

Había ya ultimado su proyecto para encontrar cuanto antes al Pirata Negro. Iría a Cádiz, por si la suerte quería que Carlos Lezama se encontrase ya allí de regreso.

Y si así no fuera, el secretario de la Asociación Antipirática era el personaje más indicado para darle los más recientes informes sobre el paradero de su amigo.

El día se anunciaba espléndido, huidos ya los últimos vestigios de la borrasca que por espacio de dos días y recién salidos de Arrecife de Lanzarote, había zarandeado al bergantín.

Instalóse Lucientes confortablemente en el puente de mando, alisando en la mesita el pergamino que, sujeto por sus cuatro esquinas con plomos, tenía atravesado una pluma de ave.

El madrileño miró hacia el cielo, pellizcándose el labio inferior.

—No hay como la poesía, para vivir colgado de una nube y matar las horas largas-díjose en alta voz —. Magníficas poesías las que yo compongo y que a nadie comprometen, porque luego las rompo, y asunto concluido. Así, tan sólo yo me entero de lo poetastro que soy...

—¡Goleta a babor! —gritó el vigía.

—Déjala, muchacho —susurró Lucientes, mojando la pluma en el tintero y escribiendo afiligranadamente la primera letra de su poesía.

—¡A la orden, mi capitán! —vino a decir Ankou Kerbrat, cuadrándose junto al madrileño y tendiéndole un catalejo.

—No me fastidies, Kerbrat-rezongó Lucientes —. A mí se me da un ardite de la goleta y cuantas goletas surquen los charcos.

—Suplico al señor capitán se digne echar una ojeada al pabellón que acaba de izar la goleta.

—Vaya, ya me has ahuyentado la musa, bretón testarudo-dijo Lucientes, levantándose y asiendo el anteojo que le ofrecían.

Se apoyó en el pasamanos y dirigió los lentes hacia el mástil de la “Sansmercy”.

—Bien; una bandera francesa-fué comentando Lucientes —, con un pez barrigudo y negro atravesado en el color blanco. Ya está.

—Suplico al señor capitán se digne mirar el nombre de la goleta.

—“Sansmercy”. ¡Repámpanos! Es un nombre poco amable: “Sin piedad”, “sin perdón”... Bien, ¿y qué? ¿A mí qué? Yo voy a Cádiz...

—Es que es la goleta del capitán corsario Marius Castel.

—Por mí, como si fuera la goleta de María Pastel... ¡Córcholis!

Los dos tiros de aviso de la goleta acababan de estallar ante la proa y tras la popa del bergantín.

Diego Lucientes arqueó una ceja, pellizcándose el labio inferior.

—Poco entiendo de cosas de mar, pero eso indica que el Castel de mis pecados quiere que nos detengamos,

—Sí, mi capitán. ¿Qué orden doy a los artilleros de babor?

—¡Que zumben cortésmente dos cañonazos de aviso! ¿No quiere él que nos pongamos al pairo? Pues que lo haga también.

—¡Atención, artilleros babor! —gritó Ankou Kerbrat—. ¡Tiros de aviso a la goleta!

Dos cañonazos se aureolaron de humo, mientras Diego Lucientes comentaba:

—Me truncó la poesía esta maldita goleta. Dime, Kerbrat; ¿quién es ese Marius Castel?

—Un marsellés que tiene mala fama en el Caribe, mi capitán. Asalta barcos, indefensos mercantes, de preferencia españoles...

—Vaya. Y, naturalmente, mi pabellón le habrá inspirado deseos de sentirse juguetón...

Diego Lucientes asestó el anteojo hacia la goleta con renovado interés. Vió el movimiento y la correría de los artilleros...

—¡Ordena zafarrancho de combate, Kerbrat! —gruñó, irritado—. Ese Castel me está buscando las cosquillas...

El silbato del segundo bretón entró en funciones, y Ankou Kerbrat, previniendo diestramente lo que presentía cercano, dió órdenes expertas que se tradujeron en rápidas maniobras para que el bergantín enfilase proa hacia la goleta, presentando el menor aparejo posible.

Los cañonazos destinados a desmantelar la nave que se ofrecía de banda, abatieron tan sólo unas drizas de estribor, gracias a la prudente orden de Ankou Kerbrat.

—¡A todo trapo, Kerbrat! ¡Andanadas rápidas! —gritó Lucientes —. Él lo buscó... y va a encontrarme...

La goleta enfilaba su proa también hacia el bergantín, que avanzaba a toda vela disparando incesantemente por sus cuatro

costados.

Todas las piezas apuntaban a la goleta, que replicaba con fuego atronador al ataque veloz, con que el bergantín pasaba de ser una presa dócil a ser otra nave de combate.

Uno de los palos del bergantín se abatió con estruendo sobre cubierta, aplastando a varios artilleros.

Por una de las portillas de los cañones de proa penetró un proyectil, y por los aires saltaron despedazados los servidores de la pieza.

El humo ennegrecía las velas, y las dos naves semejaban pavorosos artefactos de fuego.

Una andanada de fortuna segó por la base el mástil de la goleta, derrumbando sus velas. La falta de su aparejo central imprimió a la "Sansmerey" un movimiento lateral, ofreciendo su estribor.

Otra andanada barrió la cubierta... Las dos naves distaban escasa distancia, y el espolón del bergantín apuntaba amenazador hacia el costado de la "Sansmercy".

En ambas cubiertas, un frenesí combativo aguardaba expectante. Los hombres armados de cuerdas con garfios y palancas, en espera del choque, sostenían entre sus dientes los pesados sables de abordaje.

Diego Lucientes había ya oteado la figura de Marius Castel, y, ceñudo, desenvainó su espada.

Los dos barcos entraron fragorosamente en contacto, y el bergantín empotró su espolón en el costado de la goleta.

Al crujido de las maderas y al bamboleo de los dos buques, inmovilizados uno contra otro formando un martillo en el que el mango era "El Madriles", unióse el vocerío de los combatientes.

Los doscientos bretones del "Madriles" invadieron la cubierta enemiga, empezando entonces un cuerpo a cuerpo escalofriante.

Ankou Kerbrat, con un hacha de doble filo, iba abriendo paso, a quien consideraban un temerario arriesgado, porque avanzaba, solo, con su espada desenvainada, al encuentro de Marius Castel, que arrodillado en el puente de mando, vociferaba órdenes mezcladas con insultos, mientras con su pistola apuntaba cuidadosamente hacia Diego Lucientes.



Los dos barcos entraron fragorosamente en contacto...

El madrileño saltó de costado, porque desde hacía unos momentos se había desentendido de cuanto le rodeaba, para mirar tan sólo hacia el índice que se engarfiaba alrededor del gatillo de la pistola encañonada hacia él.

Ágilmente, subió al puente de mando, parando la primera acometida del capitán corsario, que ferozmente atacaba con sable y daga...

La matanza estaba en su punto álgido, y decrecían los clamores horrendos, en que se mezclaban los gritos de los agonizantes y las imprecaciones de los luchadores.

Los dos barcos iban perfilándose con más claridad al ir disminuyendo la humareda, acalladas ya las piezas inservibles y sin sus artilleros...

CAPÍTULO V

El tribunal

El estruendo fragoroso del combate tuvo por resultado que Víctor Valban se viera apurado teniendo que atender a dos mujeres próximas al desmayo.

Iba de una a otra, prodigando palabras tranquilizadoras, en las que él mismo tenía poca fe, y cuando creía ya haber logrado éxito en aquietar a las asustadas pasajeras, el estampido horroroso del mástil al abatirse, creando la ilusión de que el techo de la sala camareta iba a desplomarse, desvaneció a Solange Soubiron.

Ayudado por Renée, prodigó a su esposa cuidados solícitos, logrando que recuperase el sentido.

Un choque brutal derribó a los tres pasajeros al suelo: el espolón del bergantín acababa de ensartar el costado del casco...

Los impresionantes alaridos de los combatientes formaron una cacofonía infernal que acabó de enloquecer de pánico a las dos mujeres...

Víctor Valban, pálido y decidido a todo, amartilló su pistola, dispuesto a dar muerte a las dos aterrorizadas mujeres antes que consentir que cayeran en poder de los vencedores.

Irrumpieron en la sala varios bretones, abalanzándose sobre el ingeniero, que prontamente fué maniatado, así como las dos pasajeras, arrastrándolos luego brutalmente hacia la cubierta central.

En el astillado resto del mástil estaba ya atado por la cintura y las piernas, Marius Castel. Un Marius Castel muy distinto al vanidoso corsario que conocían sus vencidos.

Uno de sus brazos pendía inerte, entallado el hombro por una profunda herida de arma blanca, y la otra muñeca aparecía

sangrando de un recio corte.

Quedaron Valban, su esposa y su cuñada atados a otro resto de palo. Dirigieron la mirada hacia el estrado, donde un individuo de extraña apariencia estaba contemplando cómo eran trasladados al bergantín los heridos bretones, y echados al mar los cadáveres.

Era un individuo alto, de cabellos rojos y rostro ennegrecido por la reciente pólvora. En su frente se destacaba el surco rojizo de una cicatriz no muy antigua.

Manco del antebrazo izquierdo, sostenía en su diestra una espada aun sangrante, y su casaca destrozada acababa de completar el aspecto poco tranquilizador que ofrecía a los ojos de las dos mujeres y el ingeniero.

Reprimió Valban un grito de asombro al oír el idioma en el que un robusto y achaparrado marinero acababa de dirigirse al pelirrojo:

—Cuarenta y dos bajas, mi capitán. Veinte heridos.

—¿El barco?

—Hay que reparar dos palos y cuatro velas, mi capitán. Y desempotrar el espolón aserrándolo.

Diego Lucientes envainó y con el dorso de la manga de su casaca limpióse el sudor de la frente, ennegreciendo aun más su rostro.

Dió un paso al frente, encarándose con Marius Castel.

—Ése va a ser tu tribunal, corsario. ¿Cuál es tu nombre? Responde sin ambages.

—Marius Castel-murmuró el marsellés, abatida toda su arrogancia.

—¿Por qué ordenaste atacar a un pacífico bergantín que no te buscaba camorra?

—Creí que era... un bergantín enemigo.

—Me disparaste avisando que me detuviera. También te ordené lo mismo, y sin embargo, intentaste desmantelar mis aparejos.

—No sabia que erais francés, señor.

—No lo soy. Soy español, y de la villa del oso y el madroño, compadre. Pero, ¿acaso crees que sólo en Francia se habla francés? ¿Por qué tu barco se llama “Sansmercy”?

—Porque... así lo bautizaron mis armadores. Soy un honesto mercante que nunca buscó pelea.

—No mientas, gordo. Tu barco se llama adecuadamente, porque

nunca perdonó vidas de prisioneros. Tú eres el corsario Castel, y estabas hasta hoy muy orgulloso de tus hazañas. Ya ves lo que son las cosas: me disponía yo a rimar trovas, cuando tuviste la mala inspiración o el buen gusto de impedirme asesinar el divino arte de la rima. Ahora vas a pagar tus culpas.

Rió Lucientes en breve carcajada, que a Renée se le antojó satánica, porque los rojos cabellos y el negro rostro no contribuían a dar su habitual aspecto al semblante del madrileño.

—No vas a pagar por haberme interrumpido en mis desvaríos. No. Vas a pagar la muerte de cuarenta y dos de mis hombres. Los tuyos no cuentan porque eran corsarios y han hallado el fin que les correspondía. Nosotros no buscábamos lucha y tú la impusiste. Atente ahora a las consecuencias. No impongo justicia en nombre de tribunal legítimo alguno, sino que te concedo la misma suerte que a mí y a mis hombres destinabas.

—¡No os hubiera matado, señor! Tan sólo... el botín, y os hubiera dejado partir libremente.

—¡Miente! —intervino de pronto Renée, gritando.

Diego Lucientes la miró por vez primera, y pasado ya el furor combativo y su irritación, chasqueó la lengua, admirado.

—¿De dónde salió esta sirena, Kerbrat? —preguntó a su segundo.

—Ella, el hombre y la otra mujer, estaban en la sala capitana, donde les cogimos presos, mi capitán-explicó el bretón.

—Yo no soy... —empezó ella a gritar.

—¡Silencio, repámpanos! —ordenó Lucientes—. Por el instante, aquí sólo hablamos Marius Castel y yo. Aunque... ¿por qué dices que el corsario miente, sirena?

—Porque poco antes de atacaros juró que os colgaría de vuestro mástil-replicó ella airadamente, pero temerosa de la reacción del que juzgaba un pirata español.

—¿Oyes la voz de la inocencia, Marius Castel? —sonrió Lucientes—. Ella iba contigo y te acusa. Será por salvar su linda piel...; pero estoy cierto que no miente. Estuve en el Caribe, Castel. Conque... reza. ¡Redoblen tambores!

En la cubierta del bergantín, atendiendo la orden transmitida por el silbato de Ankou Kerbrat, los tambores repicaron fúnebremente...

Marius Castel dejóse resbalar hasta quedar semiarrodillado...

—¡Piedad, señor!... —imploró, lloriqueando.

—¿La tuviste tú de nadie? ¿Cuál es la enseña de tu barco? Ten al menos el valor de morir en pie.

Pero Marius Castel tuvo que ser arrastrado por tres bretones hasta el lugar donde un nudo corredizo colgaba sujeto de la pasarela del puente de mando.

Las dos mujeres, horrorizadas, apartaron la vista de los pataleos con que Marius Castel se despedía de la vida...

Al cesar la agónica resistencia del ahorcado, Diego Lucientes hizo una señal, y Ankou Kerbrat cortó la soga. Desplomóse al suelo con sordo ruido el que hasta entonces había sido flamante capitán de la goleta corsaria.

—Al agua-ordenó secamente Lucientes —. Que abra paso a su goleta, que le va a seguir a hacerle compañía.

Oyóse el ¡ploff! con que las aguas se cerraron alrededor del obeso corsario marsellés.

—Ahora yo, como único componente del tribunal, decreto que ha llegado vuestro turno. Habla tú, sirena, que tan deseosa pareces estar de charlar. ¿Por qué acusaste a Marius Castel?

Guardó ella silencio, mirando hoscamente al pelirrojo. Lucientes sonrió con mueca truhanesca.

—Bien. ¿En calidad de qué acompañabas al corsario?

—Permitidme que intervenga, señor-dijo Víctor Valban —. Estáis en una lógica confusión.

—¿Sí? Aclárame la confusión, corsario. Tú eres, sin duda alguna, el segundo de Castel, y alguna de estas hermosas es tu esposa, siendo la que no te pertenece, la esposa de Castel. Ahora habla tú.

—Yo soy Víctor Valban, ingeniero. Residía en La Desirée, isla francesa de las Antillas, dedicándome a escribir tratados bélicos.

—Este belicismo de ahora no vas a poderlo escribir, amigo. Pero sigue, porque me interesan los frutos de tu imaginación.

—Me creeréis, señor, porque no pretendo engañaros, sino tan sólo salvar las vidas de mis dos compañeras.

—No te extravíes. Decías que escribías tratados sobre el arte de partirse los hocicos con el mayor provecho. ¿Qué más?

—Conocí a Solange Soubiron, que es hoy mi esposa. El rey de Francia se informó de mis trabajos, y me mandó llamar. Para rendir

viaje cuanto antes en París, decidí tomar pasaje a bordo de esta goleta.

—¡Rueda de molino! Tú, un ingeniero, y tu esposa, ¿os ibais a embarcar a bordo de un corsario?

—El capitán Castel estaba al servicio del rey y antes que todo otro imperativo atendía a su avaricia. Le ofrecí un buen precio... Sonreís con incredulidad, pero os juro como cristiano que soy, que os digo la verdad.

—¿Esta sirena rubia es también ingeniero?

—Os podéis burlar cuanto queráis, señor. Esta dama es mi cuñada: Renée Soubiron.

El salto que dió el pelirrojo hacia delante hizo cerrar los ojos de nuevo a las dos mujeres. Pero al no oír exclamación alguna volvieron a mirar.

Diego Lucientes recorría la cubierta hasta que halló lo que buscaba. Se arrodilló junto a un corsario agonizante, que iba a ser lanzado al agua.

—¿Llevabais pasaje, corsario?

El agonizante sacudió la cabeza en esfuerzos inconscientes. Por entre sus azulados labios, musitó:

—El capitán... admitió a bordo dos mujeres... Ésa ha sido nuestra perdición...

En silencio, meditó Lucientes en la superstición del Caribe, que afirmaba que admitir a bordo mujeres que no fueran esposa o familia del capitán acarreaba una fatal consecuencia.

—...condenado sea el ingeniero por... haber traído... a su mujer y a su cuñada... —siguió delirando el agonizante—. Y condenado sea el capitán Castel... por haber aceptado su dinero... Y que el rey ahorque al ingeniero..., y a sus dos mujeres...

Levantóse Lucientes, mordiéndos el labio inferior. Al aproximarse al lugar donde estaban atados los tres pasajeros, desenvainó el puñal.

Renée exhaló un grito de angustia, al que hizo eco otro semejante de su hermana.

—Perdón, perdón-balbució el madrileño —. Cometí un error, y vengo a repararlo.

Con el puñal cortó las ligaduras... Renée Soubiron desplomóse contra él, y apenas tuvo tiempo con su único brazo de evitar que

cayera tendida en la cubierta.

—¡Kerbrat! ¡Todos los honores para la señora y el caballero! A mi sala capitana...

Ankou Kerbrat quitó las ligaduras que inmovilizaban a Víctor Valban y su esposa. Ambos miraron recelosos al pelirrojo, que había logrado levantar en vilo a la desmayada manteniéndola contra su pecho.

—No hay trampa, señor ingeniero. Tranquilizaos-sonrió Diego Lucientes —. Un corsario agonizante ha confirmado cuanto vos me decíais y que yo no podía creer. Id sin recelos a mi sala capitana. Os sigo.

Enlazando fuertemente a su esposa, Víctor Valban echó a andar atravesando una de las pasarelas que ponían en contacto ambas cubiertas y por la que les precedía Ankou Kerbrat.

Tras ellos iba Diego Lucientes, sintiendo contra su mejilla el aliento con el que Renée Soubiron murmuraba inconsciente:

—El pirata... cabellos de llama... puñal...

—Calmaos, sirena... Fué un maldito error.

En la sala capitana, Renée Soubiron aun no había recobrado el sentido. La depositó Lucientes en uno de los bancos forrados de crin y tela.

—Vos la atenderéis, señor ingeniero. Me temo que si me viera al despertar, volvería a desvanecerse-dijo sonriente Lucientes —. Excusadme de nuevo, y pedid cuanto deseéis a los dos hombres que ante vuestra puerta dejaré atentos al menor deseo de las damas y vuestro.

Subió Diego Lucientes a cubierta, en que ya los supervivientes dedicábanse afanosamente a la tarea de aserrar el espolón y recomponer los destrozos del combate.

Por dos veces en la noche, informó Kerbrat al madrileño, de que el ingeniero y las dos damas habían pedido comida y bebida.

—Eso demuestra que ya van cogiendo confianza-dijo burlonamente el pelirrojo —. Es preciosa la muñeca rubia, ¿no, Kerbrat?

—Cuando vos lo decís, capitán... así será.

—¿Por qué confías en mi juicio?

—Sois experto en bellezas, mi capitán-dijo sonriendo el bretón.

Era su primera exteriorización de humorismo y relajación de la

disciplina, por lo que excusóse rápidamente:

—Pido perdón por mi atrevimiento, señor. Quizás esté algo embriagado por el triunfo.

—Ha sido nuestro primer combate, Kerbrat. Y antes de acostarme brindaré contigo. Supongo que estaremos listos al amanecer, ¿no?

—Podremos seguir nuestro rumbo cuando alboree, señor, si no mandáis nada en contra.

Dos horas después, la goleta hundíase formando remolinos que hicieron bambolearse el bergantín.

Tocaba el gong de a bordo el relevo de las cuatro de la mañana, cuando Ankou Kerbrat vino a avisar a Diego Lucientes de que los tres pasajeros habían aceptado muy gustosos los dos camarotes, porque estaban deseosos de descansar.

—También yo lo estoy, Kerbrat. Lo haré apenas largue velas “el Madriles”, que se ha comportado valientemente en su solitario bautismo de fuego.

Amanecía, cuando la afirmación de Ankou Kerbrat quedó cumplida, y el bergantín alejóse a toda vela del lugar donde la goleta corsaria y sus tripulantes habían hallado su tumba líquida.

✲ ✲ ✲

Eran las dos del día siguiente al combate, cuando en la sala capitana Víctor Valban hacía todos los esfuerzos posibles para contrarrestar las frases de su cuñada.

Estaban los tres alrededor de la mesa central, y tan sólo Solange parecía convencida por los alegatos de su esposo.

—...No es un pirata español, Renée. ¿No oíste con qué cortesía nos pidió excusas? ¿No ves con qué esmero somos atendidos?

—Ha visto ocasión de pedir rescate por nosotros. Y su cortesía no es más que el sarcasmo correcto del español vencedor. Claro... que lo prefiero a los modales untuosos de Marius...

Estremecióse ella recordando la suerte del capitán corsario.

En el umbral de la sala capitana, Diego Lucientes, lavado el rostro, bien peinados sus cabellos y luciendo casaca nueva, destocóse el tricornio azul.

—Buenos días, señoras y caballero. Con el permiso de vuesas mercedes, deseo preguntar si me consienten que comparta su mesa.

Víctor Valban púsose en pie, inclinándose en reverencia amable.

—Vos mandáis, señor capitán.

—¡Oh, no! Reconozco que ésta es la mesa en que habitualmente engullo manjares, pero no quisiera imponer mi presencia.

Renée Soubiron, llameantes los ojos, irguióse, asestando un índice amenazador hacia el pelirrojo.

—¡No me engañáis a mí con vuestros modales, señor español!

—No pretendo engañar a nadie, "mademoiselle" —dijo Lucientes, sorprendido—. Vine tan sólo a inquirir si mi presencia no os resultaba demasiado ingrata...

—¡Vos sois un pirata y nos tenéis presas! ¿Para qué, pues, burlaros de quienes están a vuestra merced?

—Hay error, "mademoiselle". Ya no hay tribunal a la vista. Ayer me confundí, cosa que era lógica, dadas las circunstancias. Ahora permitid que os diga que tampoco vos debéis cometer el error de juzgar por las apariencias.

—Vuestra frente, vuestro antebrazo... —empezó a decir Renée con tono imperativo.

Diego Lucientes rascóse la sien, en su habitual y poco elegante ademán de perplejidad.

—Creo que será preciso hablar de cosas que no pensaba explicar. Pero ahora lo estimo necesario. No pretendo nunca hacerme pasar por lo que no soy. Me habéis acusado de intentar obtener rescate por vos y vuestra hermana, así como por el señor ingeniero. No me gusta tal género de acusación.

—Permitidme interceder, señor capitán-dijo precipitadamente Víctor Valban-Mi cuñada tiene aún los nervios alterados por las recientes impresiones. Ved que es la primera vez que embarcaba, y allá en La Desirée nunca presenciaron combates. Tan sólo oyeron los relatos. Perdonadla porque...

—No, no; vos sois quien tenéis que perdonar, así como las señoras-dijo Lucientes, describiendo un arco con su tricornio. Rió suavemente —: Admiro de los franceses su galantería y cortesía. Por eso, como español, prodigo la cortesía natural de quien es caballero. Y tengo que esforzarme, lo reconozco, porque no nací ni soy caballero. Os confieso este detalle que a nadie más que a mi importa, porque, señor ingeniero, si me equivoco, allá yo, pero tenéis un rostro que me agrada. Es franco y bondadoso.

Aproximóse Lucientes hasta dejar sobre la mesa su tricornio.

Sonrió, y su rostro al hacerlo adquiría su expresión truhanesca...

—El primer paso necesario es que me presente. Me llamo Diego Lucientes, y nací en Madrid; fuí estudiante. Después fuí pirata a las órdenes del caballero español Carlos Lezama, en cuyo barco perdí el antebrazo en una tormenta por pretender meterme a enderezar velas que se resistían. Después, desposé a una dama francesa, Gabrielle de Civry, de la que enviudé. Compré este bergantín con fines de vagabundeo pacífico. Y mi surco en la frente es reciente, porque fué obsequio de un pirata vikingo, que no estaba dispuesto a manifestarme ninguna simpatía. Conozco, pues, los métodos de piratas, corsarios y gente de bien. Prefiero inclinarme por éstas últimas. Y si he sido tahúr, lo fuí porque no tenía dinero para beber. Ahora tengo fortuna, y... no voy a empezar a negociar en rescates. He dicho. Créanme o no... —perdonen la grosería— se me importa un pepino. Quedo a los pies de vuesas mercedes, y espero se tranquilicen. Mi rumbo es Cádiz y allí les desembarcaré. Sigan disfrutando de esta cámara, que a bordo hay otros lugares donde puedo comer sin imponerles la molestia de mi presencia.

Cogió el madrileño su tricornio, y se dirigía ya hacia el umbral, cuando a sus espaldas resonó una voz femenina:

—Os suplico os quedéis, capitán. Fuí impulsivamente estúpida al conceptuaros equivocadamente.

Dió Lucientes media vuelta, encarándose, serio el semblante, con Renee, que era la que acababa de hablar, pero al influjo de la cohibida sonrisa de la rubia criatura, sonrió con desparpajo.

—Si vos misma os habéis llamado estúpida, me habéis gentilmente amordazado, “mademoiselle”. Y un hombre correcto como yo, ante quien se lo merece, no os puede reprochar un error que fué tan natural como el que yo cometí. Y-se acercó a la mesa-ahora que ya no existe el tribunal, ¿podéis replicarme a una pregunta que dejasteis sin contestar?

—Preguntad-dijo ella, ruborizándose levemente.

—¿Por qué acusasteis con airada vehemencia al capitán corsario de lo que ya sabía era mentira?

—Porque... porque tuvo el atrevimiento de besarme a la fuerza. Y... vuestro bergantín, al ser avistado... le impidió proseguir en su odiosa y repugnante ofensa.

Tosió Lucientes, rascándose la sien.

—Excusad mi impertinente pregunta. Con vuestro permiso, me sentaré, y si no veis inconveniente, juzgo que podríamos comer.

En el transcurso de la comida, Víctor Valban fué exponiendo sus trabajos, contando anécdotas relacionados con ellos.

De vez en cuando, Diego Lucientes deslizaba una mirada hacia Renée Soubiron, la cual apartaba velozmente sus ojos, sorprendida en su observación del que había creído pirata sin escrúpulos.

Terminada ya la comida, una frase de Víctor Valban hizo sobresaltar a Diego Lucientes.

—Sois manco porque queréis, señor capitán.

Miró Lucientes el frasco de vino ante el ingeniero, pero viéndolo casi lleno, no pudo achacar a embriaguez la frase que estimaba incongruente. Amostazado, frunció el entrecejo.

—Os rogaría, señor ingeniero, que dejaseis en paz mi antebrazo ausente. Es un género de chanza que siempre me ha amoscado, y no quiero que tengamos reyerta, porque estimo en lo que vale vuestra laboriosidad y honradez. Por eso mismo, más me sorprende vuestra incongruencia. ¿Que soy manco porque quiero? ¡Repámpanos, señor ingeniero! ¡Soy manco porque me falta el antebrazo! Es cosa muy visible y evidente, sin necesidad de que me lo recalquéis.

Víctor Valban avanzó las dos manos en ademán apaciguatorio.

—Os pido perdón, señor capitán. Me expresé mal, y os ruego olvidéis mi tonta expresión. Quise decir... en fin: recuerdo que en La Desirée arribó una vez el galeón del almirante Carcassone. Carecía del antebrazo derecho y llevaba a veces un garfio para ayudarse.

—Es horrible y molesto. Prefiero mi manga vacía.

—Le dije al almirante lo mismo que a vos, y en un tris estuve de que no me tirase por la borda-dijo, riendo bonachonamente el ingeniero —. Pero después estaba muy contento. Y yo os estoy tan agradecido, que desearía que cuando termine mi labor me abrazaséis como lo hizo él.

—¿Qué labor?

—Es un misterio, señor capitán —dijo alegremente Valban—. Permitidme tan sólo que os tome la medida de vuestro tórax y de vuestro codo, así como la de vuestro brazo derecho, y antes de dos días, si me permitís la entrada en la sala de herreros, os prometo que me abrazaréis.

Boquiabierto, Diego Lucientes no sabía si estaba oyendo a un

loco, pero un gesto de Renée acabó de convencerle.

Ella colocábase gentilmente un índice en los labios, mientras Solange Soubiron, con cierto orgullo, decía:

—Consentid, señor capitán, y no os arrepentiréis.

—A nada me compromete… Y sea lo que sea, señor ingeniero, os abrazaré igualmente dentro de dos días. Tomad cuantas medidas queráis, y daré órdenes para que dispongáis a vuestro entero albedrío de la sala de la herrería.

CAPÍTULO SEXTO

Manopla de terciopelo

En los dos días sucesivos, Diego Lucientes olvidó las extrañas frases del ingeniero, porque prefería escuchar la inteligente charla de su cuñada.

Paseaba frecuentemente con ella por el bergantín, y aunque en su fuero interno reconocía que Renée era atractiva en grado sumo, considerábase obligado a no intentar galantearla.

No se lo impedía la consideración moral de que estaba esposado a otra mujer a la cual quería con hondo afecto, sino el pensamiento de que siendo capitán del barco que les albergaba, hubiera sido contrario a toda regla de caballerosidad intentar sacar ventaja de su situación de anfitrión generoso.

—...Tardes largas, pero las pasábamos sin demasiado aburrimiento, cosiendo, bordando y leyendo. Por las mañanas montaba a caballo... Ahora estoy deseosa de llegar a París. ¡Debe ser tan bonito! ¿Lo conocéis, señor Lucientes?

—No. He estado en Francia, pero sin llegar a la capital.

—Dicen que es una vida ostentosa, llena de diversiones, donde los caballeros se baten en duelo por las damas. Y hay bailes, y grandes festejos... Tengo ansias de estar ya contemplando los edificios y palacios reales. Dicen que el rey tiene... muchas favoritas.

—Eso murmuran. Creo que tiene más ofertas que demandas-rió Lucientes, y de pronto recordó algo —: Aunque nada tiene que ver con lo que estamos hablando, Renée, ¿podéis decirme qué diantres ocurre con mi mano?

—¿Con vuestra mano?

—Sí. Ayer vuestra hermana, con aspecto de conspiradora,

solicitó que le dejase tomar las medidas de mis dedos.

Sonrió ella, también con cierto aire misterioso:

—¡Ah! Es que pretenderá coseros un guante bordado. Un obsequio muy natural en quien está muy agradecida a vuestras gentilezas. ¿Llegaremos pronto a Cádiz?

—Faltan aún cuatro días, porque navegamos con viento a favor. Ya dije a vuestro cuñado que por mi deseo os conduciría hasta el puerto de Marsella. Habitualmente navego sin rumbo, pero en esta ocasión lamento que mis propósitos estén firmemente arraigados. De costumbre, soy poco constante en mis decisiones, pero ahora se trata, como ya expliqué, de un deber que cumplo gustosísimo, porque es imperativo de amistad.

—Mucho apreciáis al señor Lezama.

—Tanto... que por su amistad estimo digno el sacrificio de no tener la dicha de acompañaros hasta Marsella.

Ella le miró sonriente, aplicando en sus labios un leve golpe de abanico.

—Asomó ya el galante español. Lo decís tan sólo por pleitesía de hombre caballeresco.

—Quizás para que os vayáis acostumbrando a los muchos homenajes que recibiréis en París. ¿Qué ocurre?

Su pregunta se refería al espectáculo que le causaba sorpresa. El comedido y siempre reposado ingeniero Valban venía corriendo al encuentro de la pareja, llevando en volandas algo que no podía adivinarse lo que era porque estaba cubierto por una ancha lona que colgaba rígidamente a ambos lados del misterioso objeto.

—¡Ya está, señor capitán! —exclamó Valban, jadeante—. Y ha sido mi mejor obra en este género —. ¿Tenéis la bondad de seguirme?

Encogiéndose de hombros, Diego Lucientes entró en la sala capitana, donde Víctor Valban dijo precipitadamente:

—¡Quitaos la casaca y la camisa!

—¡Repámpanos! ¿Podéis explicarme a qué obedece todo este galimatías?

—Lo veréis muy pronto, mi querido amigo. ¿Conque me creéis un loco pacífico al que no hay que llevarle la contraria, eh?

Era tan patente el alborozo del ingeniero, que Diego Lucientes procedió a quitarse la casaca y poco después su torso desnudo era

palpado por el ingeniero.

—Buenos músculos, señor capitán. Naturalmente, vuestro hombro derecho está más desarrollado. Pero ya conté con ello.

Como el prestidigitador que se dispone a descorrer el velo de las magias, Víctor Valban arrancó la lona que cubría el objeto que había depositado sobre la mesa al entrar.

Era un extraño armatoste de planchas de hierro delgadas, a modo de media coraza hueca. Del lado, pendían varias tiras del mismo material, que se doblaban para terminar en una especie de macizo antebrazo artificial terminado en una mano de articulaciones huecas hechas con delgadas planchitas, también de hierro.

Estupefacto quedóse Diego Lucientes sin habla, mientras veía cómo el ingeniero, iluminado el semblante por una alegre carcajada silenciosa, le ajustaba al torso la media coraza.

Y con expertos ademanes, Víctor Valban iba cerrando las uniones de la coraza, maniobrando con el brazo mutilado, hasta que de pronto Diego Lucientes comprendió...

—Vestid ahora vuestra camisa y vuestra casaca... No digáis nada, querido amigo, no digáis nada.

Obedeció Diego Lucientes, siempre en silencio.

El ingeniero extrajo de su bolsillo dos manoplas de terciopelo de color azul.

—Aceptad ese obsequio insignificante de mi esposa. Los ha bordado en vuestro color favorito.

Había ya Lucientes revestido febrilmente sus ropas, cuando el ingeniero le calzaba en la mano de hierro la suave manopla.

—Mano de hierro en guante de terciopelo-dijo alegremente el ingeniero —. Pero no es eso todo. Os ruego que levantéis el brazo izquierdo.

—No... puede... ser... —susurró Lucientes.

Pero movió el codo izquierdo, y como por milagro, su mano izquierda cubierta por el terciopelo azul, quedó abierta con la palma hacia su rostro, delante de sus ojos.

—Es sencillísimo, querido amigo. Hay una combinación de correas y trencillas de hierro que maniobran apoyándose en palanca en vuestra coraza y en vuestro codo... ¿Me abrazáis o no?

Como un niño ante su primer caballo de madera, Diego

Lucientes examinábase el brazo izquierdo, moviéndolo en todos sentidos. Sólo la mano conservaba cierta rigidez, pero el guante no permitía adivinar el artefacto ingenioso.

Impulsivamente, estrujó entre sus dos brazos al ingeniero, que riendo gozoso, gimió a la vez:

—¡Las palmadas, por favor! —suplicó sin cesar de reír.

Separóse Lucientes, riendo en carcajadas infantiles e incontenibles. La manopla de terciopelo no amenguaba la fuerza de los palmoteos de hierro con los que amistosamente había obsequiado al ingeniero.

Corrió hacia la mesa y pegó un puñetazo encima de ella. Su puño izquierdo hizo vibrar la madera.

Durante varios minutos, Víctor Valban contempló orgullosamente cómo Diego Lucientes, en frenético impulso, iba cogiendo jarros, bandejas, armas y toda clase de objetos con la mano zurda, tirándolos violentamente al suelo y prorrumpiendo en carcajadas estentóreas...

—¡Dos manos!... ¡Dos manos! —murmuró al fin, extenuado, el madrileño.

—Manopla de terciopelo-sonrió el ingeniero —. Y muy peligrosa. Si algún día tenéis ante vos un hombre que os ataca, podréis con el puño izquierdo sorprenderle desagradablemente con la potencia de vuestro golpe que ningún puño humano igualará.

—¡Y la coraza protege mi corazón! —aulló entusiasmado Lucientes.

Sintióse avergonzado de su entusiasmo infantil, al observar que desde hacía unos instantes, en el umbral de la sala, Solange y Renée Soubiron le contemplaban sonrientes.

Inclinóse en honda reverencia.

—He mentido, señoras. No hay coraza que proteja ningún corazón cuando éste late ante dos bellezas. Señora Valban, mis más rendidas gracias por vuestro obsequio. Los conservaré como el mejor de los recuerdos. Y bendigo el día en que una goleta se interpuso en mi senda.

Víctor Valban pavoneóse con pueril regocijo.

—Siempre seré vuestro deudor, señor ingeniero ingenioso —dijo Lucientes, apoyando admirativamente su mano zurda en el hombro del francés—. Y deseo poderos demostrar algún día que mi

agradecimiento es sincero. Sois un talento prodigioso, querido amigo. Un talento sin par...

—Era tan sólo cuestión de pensar en ello. Y en la isla de La Desirée, los ratos que mi enamoramiento me dejaba libre el pensamiento, lo dediqué a construir artilugios de todas clases. De todas formas, sólo hay dos caballeros que posean esta coraza: el almirante Carcassone y vos. Múltiples veces vi hombres de mar de todas calañas desprovistos de algún brazo. Pero... no quise ponerles en posesión de tal remedio para que no hicieran mal uso de él. Bien; ahora ¿os puedo decir: "Erais manco porque queríais"?

—Lo era porque no os conocía.

—Y ya no lo sois porque mi marido os aprecia como a un hermano.

—Tregua a las emociones-intervino Renée —. ¿Me invitáis a pasear, señor Lucientes? Un consejo: de vez en cuando quitaos la manopla de la mano derecha, y estaréis mucho más natural.

Atendió Lucientes la indicación y descalzándose el guante derecho, lo introdujo entre su cinto y la casaca. Conservó en la mano izquierda la manopla, que ya de ahora en adelante nunca abandonaría su mano de hierro.

Salieron a cubierta, y mientras se adosaban a la borda. Diego Lucientes contemplóse con agrado la manga rellena y la manopla azul.

—Nunca podré agradecer bastante a vuestro cuñado esa maravilla de sentirme un hombre como todos los demás. Creedme, por jactancia afectaba no sentir menoscabo por la carencia de mi antebrazo izquierdo, pero ahora siento la misma satisfacción que el imberbe al cual entregan su primera espada.

—En el Caribe decían que muchos piratas sustituían por un garfio de hierro el miembro mutilado.

—Tengo el suficiente buen gusto para nunca haberme abandonado a tal muestra de truculenta necedad. El garfio de hierro es un arma relativa, que pone en guardia al enemigo. Esta manopla es de terciopelo, y suave como un retazo de cielo a la vista del más prudente. ¿Paseamos un poco por los puentes?

—Casi adivino vuestra intención. Deseáis...

—...gozar de la sorpresa de mis hombres, que creerán en un prodigio debido a magia negra.

Ostensiblemente, ofreció Lucientes su brazo izquierdo a la que le acompañaba. Y Renée apoyó su mano en el antebrazo milagroso a ojos de los tripulantes, que mientras la pareja recorría todo el bergantín, intercambiaban miradas de pasmo.

Durante la cena, Diego Lucientes renovó su pesar por no poder desembarcar a sus tres pasajeros en Marsella.

—...Tendréis que esperar la llegada del barco francés.

—No, querido amigo. El duque de Anjou, nieto de Luis XIV, tiene desperdigados por suelo español numerosos ejércitos. Permitidme la inmodestia de manifestaros que soy lo suficientemente conocido para que pongan a nuestra disposición una carroza fuertemente escoltada y con relevos continuos que nos permitan llegar pronto a suelo francés.

—Entonces, me quitáis un peso de encima.

—Esperamos que cuando vayáis a Francia no os olvidéis de visitarnos, querido amigo. Residiremos en París, y como voy al servicio de Su Majestad, pronto sabréis nuestras señas. Deseamos de todo corazón corresponder a vuestra generosa hospitalidad.

Cuando estuvo a la vista el puerto gaditano, Renée Soubiron estaba íntimamente algo decepcionada por no haber sido galanteada por el apuesto español.

Las despedidas fueron efusivas y cordiales entre los dos hombres, y antes de que la carroza partiera, Víctor Valban se hizo prometer solemnemente por Diego Lucientes que a la primera ocasión en que el español visitara Francia les pasaría a visitar.

Como despedida, agitó Lucientes su brazo izquierdo, donde la manopla azul presentaba una tersura engañadora...

CAPITULO VII

Las sorpresas y el enojo de un galanteador

Mientras avanzaba por las calles de la ciudad gaditana, recordaba Diego Lucientes su primera visita al domicilio de los Robles.

Rememoraba la hermosa figura arrogante de la gaditana, que en lo alto de un balcón cantando copla graciosa, le llamó la atención sin proponérselo.

También en su imaginación se plasmó la figura del barbudo padre saliendo espada en mano después de un intercambio de mutuas provocaciones, dispuesto a ensartar al insolente galanteador, para abatir inopinadamente la espada y declararse amigo de él, por razón de los recientes rescates efectuados en tierra bereber.

Porque el cargo de Juan Robles, de secretario de la Asociación Antipirática, que en otra ocasión le habría hecho persistir en su ataque, le hizo acoger como huésped al que por ser carne y uña con Carlos Lezama, era entonces acogido como huésped de honor, ya que ambos habían arriesgado sus vidas en rescate de cautivos cristianos en tierra africana.

Doblando la esquina de la calle Corregidor, se disponía Lucientes a dirigirse a la puerta del domicilio de los Robles, cuando cambió de pensamiento, prefiriendo adoptar un sistema más de acuerdo con su carácter extravagante.

Se detuvo en medio de la calzada, ojeando el balcón abierto donde meses antes había aparecido la figura hermosa y estatuaria de Carmen Robles.

Recogió del suelo varios guijarros diminutos y diestramente los fué lanzando uno tras otro contra los cristales...

En lo alto del balcón se siluetó Carmen Robles, quien al ver a Diego Lucientes quedóse como alelada... Sólo ella y Carlos Lezama estaban en el secreto de que su temperamento soñador, amante de aventuras, que no podía vivir en la cárcel que para ella era su hogar, sentía una irresistible atracción hacia el que ahora la contemplaba ajeno al sentimiento que inspiraba a la bella gaditana.

—Extático os contemplo, bella Carmen. Vos no me recordaréis..., pero yo siempre os he tenido en la mente.

—Os recuerdo, capitán Lucientes. Aunque...

Siguió él la dirección de la mirada que Carmen Robles dirigía hacia su brazo izquierdo, y rió alegremente.

—Fué engaño, mi linda gaditana. Enterré el brazo que me faltaba para que creciera más lozano y rozagante. Y ¡helo aquí! Deseo que me déis audiencia. Bellas son las flores de vuestras macetas: si me echáis una sin lanzarme el tiesto a la vez, juzgaré que me dáis franca bienvenida.



—Bellas son las flores de vuestras macetas.

Ella quebró el tallo de una rosa, arrojándola al que la recogió con las dos manos.

Llevóse Lucientes la rosa al rostro, aspirando su aroma y

besándola, para colocarla después en su cinto.

Iba a acercarse a la puerta, cuando retrocedió sorprendido. De nuevo, por la puerta que acababa de abrirse aparecía un enfurecido Juan Robles, espada en mano.

—¡Repámpanos, señor Robles!... ¿Qué broma es ésa?

—¡Defendeos, bellaco! —gritó el secretario de la Asociación Antipirática.

Tuvo apenas tiempo Lucientes de desenvainar para detener la avalancha combativa que se le venía encima.

Deteniendo las estocadas con su maestría acostumbrada, murmuró:

—Pero, ¿qué tábano os ha picado, señor Robles? ¿No me recordáis ya? Soy vuestro amigo Diego Lucientes, del bergantín que...

—¡Daos preso, Diego Lucientes! —gritó Juan Robles, prodigando sus peligrosos ataques mortales.

—Parece que esto va en serio-murmuró Lucientes, sorprendido. Pero pasó al ataque, obligando a retroceder a Juan Robles hasta que logró hacerlo entrar en su domicilio.

En el vestíbulo, cerró a sus espaldas la puerta de un taconazo, continuando en su ataque, hasta que acorralado contra una mesa que le impedía nuevo retroceso, Juan Robles estimó que había llegado su última hora.

Pero Diego Lucientes limitóse a desarmarlo, recogiendo prontamente en el aire la espada enemiga y aplicando la punta de la propia en la garganta de Juan Robles.

—¿Qué diantres de recibimiento es éste, señor Robles? Quiero pensar que estáis bebido, porque en vuestra acometida no había chanza. Me dedicasteis estocadas muy adecuadas para enviar a un espadachín regular al otro mundo con toda celeridad.

Cruzóse de brazos Juan Robles, adoptando un continente digno.

—Era mi deber.

—¿Vuestro deber? No me gusta que me llamen bellaco. ¿Obedece vuestra actitud a los galanteos que pude dedicar sin mala intención, a vuestra hija? Si es hermosa, ¿qué culpa tengo yo?

—Nada tiene mi hija que ver con mi acción. Es mi deber de español apresaros. He perdido en la contienda.

—¿Decís que es vuestro deber apresarme? No entiendo ni pizca.

Por otra parte, me canso de manteneros alejado con el pincho. Sentaos, y no intentéis sentiros agresivo de nuevo, porque os descerrajaré un pistoletazo y cuando os haya volado el seso, será algo tarde para que me déis explicaciones. Sentaos, señor Robles, que estáis en vuestra casa.

Obedeció el aludido, y a dos pasos de distancia, en pie, envainó Lucientes, apoyando la diestra en la culata de su pistola.

—Explicadme los motivos de vuestra actitud poco cordial.

—Niega que eres un tahúr madrileño que navegó como segundo a las órdenes del Pirata Negro —masculló Juan Robles.

—Nunca me lo preguntasteis, pero ya que ahora lo hacéis, os replicaré que, en efecto, juego a las cartas hábilmente porque a nadie le gusta perder. Navegué a las órdenes del Pirata Negro, y a su bordo aprendí la poca caballerosidad que poseo y de que os hago muestra al no llamaros bellaco ni tutearos porque peináis canas. Bien; ¿y qué ocurre con ello?

—Hay carteles poniendo precio a vuestras cabezas, por rebeldes a la autoridad, y por haber asaltado la ciudad de Puerto Rico[1].

—No leo carteles ni me importan. En cuanto a lo que en Puerto Rico sucedió, nada reprochable hubo. Muy al contrario: de no ser por el que vos llamáis despreciativamente el Pirata Negro, a estas horas Puerto Rico sería un terreno baldío con las cenizas del incendio que querían provocar los filibusteros americanos. Pero son demasiadas explicaciones las que os doy. Vos sois quien me tenéis que dar una explicación, y rápidamente. ¿Le ha sucedido algo al caballero Lezama?

—Si el caballero Lezama es el Pirata Negro, nada tengo que explicarte, ni quiero, acerca de sus pasos.

—Mal camino seguís, señor Robles. Por las buenas soy miel, por las malas, acíbar. Os repito por última vez mi amable pregunta: ¿le ha sucedido algo a mi amigo el hidalgo Lezama?

Conservó el gaditano un mutismo desdeñoso.

—Empiezo a enojarme, señor Robles, y es cosa que raramente me sucede. Parecéis haber olvidado que vos y el conde de Tarifa lamíais los suelos, implorando del caballero Lezama que éste se lanzara a la empresa de rescatar cautivos. Parecéis haber olvidado también que el caballero Lezama zarpó voluntariamente y sin recompensa alguna a la busca de una muerte casi cierta. ¿Y qué

encuentro ahora? Aires desdeñosos, ofensas, desprecios al hombre que es hidalgo por cuna y por actos.

Meditó unos instantes el madrileño.

—Contra viento y marea, siempre el capitán Lezama impondrá su caballerosidad y su fuerza contra cuantos quieran entorpecer su camino. Pero ahora necesito saber dónde se halla, y qué trampas le pueden haber tendido. Él, confiadamente, ha de regresar aquí, si no ha vuelto ya... ¡Y voto al cielo, que me váis a decir, y presto, dónde se halla!

—Podéis matarme. No hablaré...

Un grito femenino interrumpió el gesto de Lucientes que, airado, amartillaba su pistola.

En la sala, irrumpió, corriendo, Carmen Robles, quien, interponiéndose entre el madrileño y su padre, abrió los brazos.

—¡Yo os lo diré, capitán Lucientes! Perdonad a mi padre, porque es hombre severo que...

Juan Robles enlazó a su hija por el talle, apartándola bruscamente de delante suyo y la abofeteó en la mejilla.

—¿De cuándo acá una mocosuela interviene en querellas de hombres?

—¿De cuándo acá me dais vos cien puntapiés en el esternón?... —y a la vez que hablaba, Diego Lucientes atenazó con fuerza las dos muñecas de Juan Robles, atrayéndolas a sus espaldas.

La presión de la mano de hierro hizo gemir al gaditano.

Con diestros ademanes, ató Lucientes los dos brazos en el propio cinto del secretario de la Asociación Antipirática. Lo empujó sin grandes miramientos hasta encerrarlo en una salita sin ventana, cuya puerta se abría al salón donde Carmen Robles habíase sentado, sin defender ya al autor de sus días.

Diego Lucientes vino a detenerse ante ella.

—Perdonad el trato. Pero vuestro padre es valiente, aunque testarudo. Y yo necesito saber si algún mal se le ha acarreado a mi amigo el capitán Lezama.

—Vino no hará más de veinte días, y también encerró a mi padre.

—Bien hecho. ¿Qué más? —se impacientó el madrileño.

—Es muy largo de contar, capitán Lucientes.

—Pero, ¡maldito sea yo! ¿Dónde está el caballero Lezama? ¿Por

qué no he visto en el puerto su velero?

—Zarpó huyendo del ataque de las dos fragatas de vigilancia. Pero él partió hacia un pueblo de Extremadura, donde reside la que es su prometida.

—¡Repámpanos! —suspiró aliviado Lucientes, dejándose caer en un escabel ante Carmen Robles—. ¿Prometida? Ahora que ya sé que no fué preso, podéis contarme lo sucedido. Me gusta vuestro estilo, Carmen Robles. No hacéis aspavientos y sois lista comprendiendo que ningún mal deseo al terco de vuestro padre... y mucho menos a vos, ¿Queréis contarme lo sucedido?

—Creo, señor Lucientes, que deberíais primero advertir a vuestro segundo que alejara del puerto el bergantín. No tardarán en darse cuenta las fragatas de vigilancia.

—Cierto... Pero, ¿y si mientras vos desaparecéis?...

—Os acompaño muy gustosa. También acompañé al capitán Lezama cuando liberó a sus treinta hombres que estaban presos.

Boquiabierto, Lucientes contempló a la morena belleza que tan tranquilamente hablaba, y que poniéndose en pie le sonreía dulcemente, mitigado el resplandor de sus negros ojos por una extraña expresión.

—Sois prodigiosa, Carmen. Y... ¿si os ven en mi compañía?

—Buscan al que los carteles describen como manco pelirrojo. Siguen vuestros cabellos siendo rojos, pero poseéis dos manoplas. Además, aunque me vieran en vuestra compañía... ¡no me importa!

—Bien, bien. Agradezco vuestra inesperada ayuda... Cuando queráis, nos dirigiremos al bergantín; pero vuestro padre después os recibirá de muy mal talante...

—No me importa-musitó ella.

Habitualmente, Diego Lucientes era pródigo en palabras, pero las sucesivas sorpresas le tenían callado mientras encaminaba sus pasos hacia el varadero donde aguardaba la lancha bretona.

Miraba de vez en cuando a la gaditana, como si examinase a un fenómeno incomprensible.

—¿Qué edad tenéis, Carmen? —atrevióse por fin a preguntar.

—Dieciocho años cumplidos.

—¿Sensatos?

—Lo eran... hasta que os vi.

La alegre risa de ella brotó para encubrir su emoción. La

carcajada de él estalló, divertida.

—Me encanta vuestro gracejo, Carmen. No dudo que si la locura es contagiosa, mi compañía os hará poco bien, en cuanto a sensatez. Pero me inquieta que os lancéis a aventuras...

—¡Toda mi vida las he anhelado! —exclamó ella apasionadamente—. Por eso desde que os conocí... he pensado constantemente en volveros a ver. ¡Y que me sea perdonada la desfachatez impropia de mi edad y sexo!

Recitó la última frase con tan sincera vehemencia, que Diego Lucientes parpadeó sorprendido.

En la lancha, dos marineros en los remos, pusiéronse en pie. Ayudó Lucientes a la que le acompañaba a entrar en la barca.

Volvieron a sentarse los remeros, impulsando la lancha hacia el bergantín anclado a lo lejos.

—Pasmado me dejó vuestro padre con su recibimiento. También me pasmó su noticia de que la cabeza del capitán Lezama estaba a precio...

—La vuestra también.

—Bueno; de la mía no hablemos, porque yo le doy muy poco valor. Si me decapitan, habrá un loco menos.

—Si los locos son tan simpáticos como vos lo sois, pediré plaza de loquera.

Rió Lucientes con sincera admiración y con cierta complacencia. Carmen Robles le desconcertaba..., pero era evidente que no ocultaba su inclinación hacía él.

—¿Soy presuntuoso infatuado si declaro que me halaga ver que no me juzgáis despreciable a vuestros ojos de mujer?

—No hacéis más que decir la verdad. El capitán Lezama sabe ya que yo... tengo... ¡un pelirrojo atravesado en el corazón!

Quitóse Lucientes el tricornio, abanicándose pese a la brisa.

Carmen Robles sonrió con picara expresión inteligente.

—Os debo advertir un detalle, señor Lucientes.

—Advertidme cuanto queráis, pero llamadme Diego. Me sonará a música celestial.

—También a mí, Diego. Lo que debo deciros es que en Andalucía existe una costumbre que quizás ignoráis. La mujer no hace remilgos para confesar lo que siente... y a veces los forasteros se confunden, interpretando por coquetería e impudor lo que es

simple sinceridad.

—¡Yo no soy forastero! —exclamó Lucientes—. Os juro que ahora que me habéis aclarado tal detalle, os respeto aún más, si es posible. Vos me encantáis..., y si antes os recordaba como mujer hermosa, ahora vuestra sinceridad halagadora os hace ser doblemente hermosa. ¿Buenos amigos?

Tendió el madrileño su diestra abierta. Ella aceptó el apretón.

—Por el instante... buenos amigos, Diego. Más tarde... el Destino dirá. Yo... no pienso volver a casa... hasta que hayáis encontrado al capitán Lezama.

—Eso... Mirad que... vuestro padre...

—Yo os puedo servir de guía.

—Y de consejera. Acepto, y que el señor Robles me perdone. Pero hay un arreglo fácil. ¿No me conceptúa un malvado pirata? Pues démosle la razón. Os rapto, Carmen.

La ayudó a subir por la escalera que flanqueaba el casco del bergantín. Poco después, “el Madriles” zarpaba alejándose de la bahía gaditana, y ya en el mar abierto navegó hasta que el silbato de Ankou Kerbrat transmitió la orden de cambio de rumbo que acababa de dar Diego Lucientes, aconsejado por Carmen Robles.

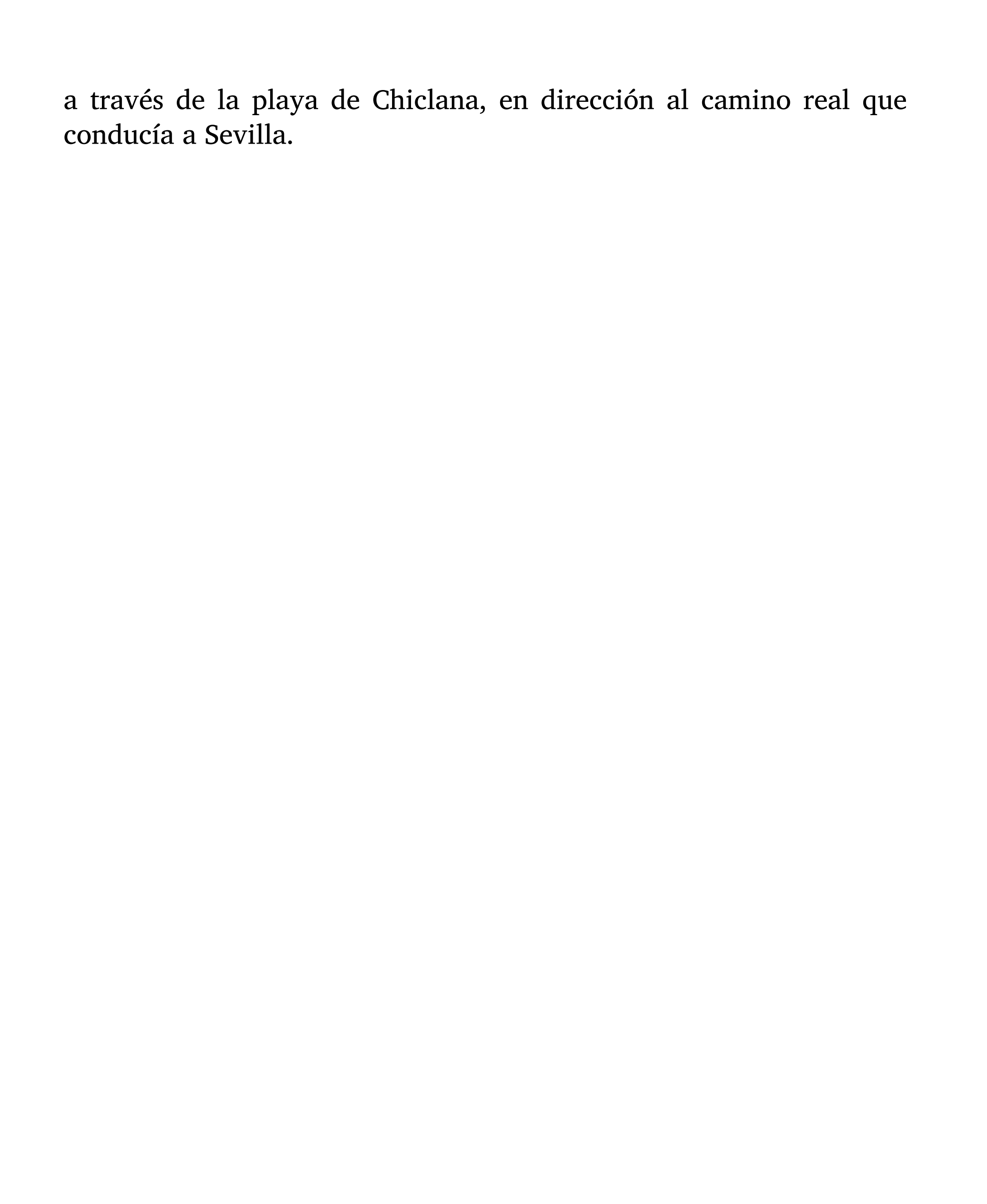
—Aquella torre blanca que se destaca en el litoral señala el emplazamiento de Sanlúcar. Haced lo que hizo el capitán Lezama. Mantuvo su velero por esta zona, y desembarcó en lancha. Después, se hizo acompañar por los treinta jinetes que liberó. España está repleta de ejércitos contendientes: los del bando del archiduque y los felipistas. Hay continuas peleas por los caminos...

—¡Ankou Kerbrat! —llamó Lucientes—. Elige cuarenta de los mejores luchadores. Encarga a tu contramaestre más de confianza que mantenga el bergantín por esta zona avistando Chiclana, desde donde nos volverá a recoger cuando le hagamos la señal que con él convengamos. Entrega a cada hombre el dinero para mercar caballo. Da orden cuando todo esté listo de que arríen cuatro chalupas.

Era ya atardecido, cuando cuarenta jinetes quedaron formados de a cuatro tras el caballo blanco en el que sentada ante la silla de Diego Lucientes, Carmen Robles, transfigurada de emoción, oyó la orden que “Manopla de Terciopelo” dió.

Los cascos de los caballos levantaron nubes de arena galopando

a través de la playa de Chiclana, en dirección al camino real que conducía a Sevilla.



CAPÍTULO VIII

Maese Alba

Para descansar las cabalgaduras, hicieron alto los bretones cuando Ankou Kerbrat recibió la orden de Diego Lucientes.

Éste desmontó, tendiendo los brazos hacia la gaditana, y cuando ambos estuvieron sentados sobre una manta tendida al pie de un árbol, ella reclinóse contra el tronco mirando el cielo estrellado.

—Esto es vivir... —susurró a media voz—. No saber dónde vamos, ni qué fin nos aguarda...

—Lamento interrumpir vuestra meditación, Carmen. Sí sabemos dónde vamos. ¿No os dijo el hidalgo Lezama que iba al pueblo de Tomelloso?

—Ahí vamos. Yo me refería a otras cosas. Por el instante, sí; nuestro punto de destino es claro: encontrar en el Tomelloso a vuestro amigo. Pero no debéis olvidar que el padre de Ángeles de Amor es Justicia mayor.

—¡Así fuera el propio rey! Ángeles de Amor será la esposa del señor Carlos de Lezama, ya que éste era el propósito suyo.

—Si me admitís un consejo, sería preferible que a la llegada al Tomelloso no digáis que el señor Lezama es vuestro amigo. No olvidéis los carteles. Obtendréis mejores informes no alardeando de vuestra amistad. Y ahora dejadme hablar de mí. ¿Sabéis por qué no vacilé en acompañaros?

—Para explicarme por el camino cuanto aconteció a mi amigo, hasta que liberados sus hombres, partió en busca de su prometida.

—Y también, y sobre todo, porque os sé caballero.

—Error. La ropa no hace al monje, como tampoco la manopla hace la mano.

—Yo os adivino viril, y por eso no vacilé en correr la aventura

emocionante de sentirme una sola mujer entre cuarenta aventureros. Porque sé que vos tendréis la delicadeza de respetarme. Otro hombre cualquiera después de haber oído de mis labios que... lo que sabéis, se creería con ciertos derechos... Y entonces se desvanecería toda la poesía de esta cabalgata hacia lo desconocido.

—¿Os gusta la poesía?

—En los ratos apropiados, sí. Por ejemplo, ahora que la luna brilla...

—Mi amiga más fiel-dijo Lucientes, dirigiendo la diestra hacia el disco plateado —. Siempre a su discreta entendedera fué donde vertí mis locuras en monólogo.

—Hacedlo diálogo conmigo. Yo también en noches claras y apacibles, no podía dormir. Tenía que asomarme al balcón... donde os conocí, y mudamente ir hablando, teniendo tan sólo por testigo la luna... y algún que otro gato que maullaba por los aleros, y algún que otro beodo que describía al andar graciosas curvas inspiradas que se me antojaban ánforas griegas.

Diego Lucientes reclinó la cabeza contra el tronco del árbol, y su aliento quedó cercano a la mejilla de la gaditana.

—¿Recordáis lo que os dije cuando os vi cantar, la vez que tuve el placer de veros?

—Si. Me dijisteis: “Sois mi alma gemela”.

—Entonces lo dije en chanza... Ahora será el sortilegio de la luna, pero me temo que es cierto. Vois sois mi alma gemela.

—¿Por qué lo teméis? ¿No os agradaría acertar? ¿Hay algo más bello que estar junto a una persona que sólo en dos ocasiones hemos tratado y sentirse como si de toda la vida hubiésemos sido amigos?

Reincorporóse Diego Lucientes.

—Creo que ya han descansado los caballos-dijo, ceñudamente.

—¿Os molestó algo de lo que yo he dicho?

—No; muy al contrario. Pero... estabas demasiado cerca, Carmen... ¡y a la vez tan lejos! Más tarde te explicaré... ¿Vamos?

—Como quieras, Diego.

Reanudóse la cabalgata, y sólo cuando por el exterior atravesaron la ciudad de Sevilla, Carmen Robles musitó al que sosteniendo las riendas la encerraba en tenue abrazo:

—No te comprendo, Diego. ¿Por qué si, me tienes tan cerca... me tienes tan lejos?

—A su debido tiempo te lo diré. Ahora déjame disfrutar del encanto de tu compañía bajo la mirada amiga de la luna.

* * *

Maese Alba, apoyadas las manos en su voluminoso abdomen, examinó con recelo a los jinetes que acercábanse hacia su posada.

Si él extrañó el hecho de que uno de los recién llegados desmontase ayudando a descender de su silla a una mujer morena que vestía atuendo de dama, no lo demostró.

Los cuarenta jinetes descabalgaron al imperativo toque de un silbato soplado por un robusto y bronceado sujeto.

Diego Lucientes y Carmen Robles avanzaron al encuentro del posadero, que caminaba hacia ellos.

—Buenos días tengan vuesas mercedes. ¿En qué puedo servirles?

—Alojamiento para mis hombres. Pienso y agua para los caballos, y dos alcobas para la señora y yo.

—Inmediatamente, señor. Vuestra fuerza podrá alojarse en la sala que junto a los establos, reúne comodidades para los soldados. “¡Zorro!”

A la llamada acudió un muchacho de rostro despierto.

—Atiende a los soldados. Por entero a su disposición a cuanto pidan. ¡Presto! Si me hacéis la merced de seguirme, noble señor, os mostraré mis dos mejores alcobas.

Carmen Robles apoyada en Diego Lucientes, demostraba que el rudo ejercicio le había cansado. Acogió con evidente satisfacción el espectáculo de reposo que le brindaba un lecho acogedor y un mobiliario de buen aspecto.

—Duerme cuanto quieras, Carmen. Yo también necesito reposo. Mañana estaremos ya dispuestos a otra cabalgata, ¿no? Buenas tardes.

Cerró él mismo la puerta y siguió tras el posadero.

—No me lleves aún a la alcoba que me destinas, buen hombre. Quiero hablar contigo.

—Como vos mandéis.

—Tráeme al comedor un frasco del mejor vino que tengas.

Maese Alba vino poco después a donde ya Diego Lucientes, sentado tras una mesa cubierta de limpio mantel, aguardaba.

Escanció el posadero vino en una copa de cristal tallado.

—Es acogedora tu posada, amigo.

—Gracias, noble señor.

—Y tu vino es excelente. Un mosto riquísimo.

—Del Tomelloso. Cosecha propia de mi viña.

—No dudo que con tales alicientes, mi amigo el capitán Lezama se alojaría en tu posada cuando visitó este pueblo.

Maese Alba fingió un cándido asombro que hizo aun más redonda su cara de luna llena.

—¿El capitán Lezama? No recuerdo haber albergado a tal señor.

Echó Lucientes sobre la mesa una bolsa repleta.

—Quizás esto refresque tu buena memoria, posadero.

—Gracias, señor... Pero no recuerdo... Pasa por aquí tanto caballero.

—Mientes mal, maese Alba. Busco a mi amigo. No me he de ir sin encontrarlo, porque es el único amigo que tengo. Fué mi jefe, y no hay en el mundo entero caballero más cumplido que el señor Carlos Lezama. No obstante, con todo lo cumplido que es, personalmente vendrá a cortarte las orejas y a llamarte embustero.

—¿Por qué creéis que vuestro amigo se alojó en mi posada, señor?

—Porque es la única decente que hay en este villorrio. Y siempre que llega a sitio nuevo, lo primero que hace el señor Lezama es alojarse en posada, porque sabe que es donde mejores informes se obtienen.

—¿El señor considerará impertinencia si le suplico me decline su nombre?

—Diego Lucientes.

El rostro colorado del posadero se iluminó.

—¡Cuánto me alegra el veros, señor Lucientes! El señor capitán habló de vos... Os citaba en delirio... Perdonadme si os repito lo que decía. Murmuraba: “Creo que estoy a punto para el último viaje, bachiller Lucientes... Borrachín, poetastro..., mi único amigo...”

—¡Ése soy yo! —exclamó satisfecho Lucientes. Pero de pronto frunció el entrecejo—: ¿Delirio?

—Es largo de contar, señor-y maese Alba dirigió en torno una ojeada vigilante —. Y muy peligroso.

—¿Para quién?

—Para vos.

—Por mí no temas. Vine en busca del capitán Lezama. ¿Dónde está?

—Marchóse, señor. Fué horrible... ¡Pobre caballero! Recibió una atroz puñalada, pero aun fué esto mejor que la canallada que le jugó don José de Priego fingiendo que ella estaba muerta, y engañándole con su aspecto de honradez y campechanía...

—¡Habla por orden cronológico, maese Alba! —gritó Lucientes, dando un taconazo—. ¿No ves que no sé nada y me tienes sobre ascuas?

—Perdonadme, señor. Me alegra que hayáis venido, porque vos podéis deshacer un trágico error. Un trágico error que ha sumido a vuestro amigo en la mayor de las desesperaciones.

—Explícate ya, maese Alba.

—Una noche pescaba yo como acostumbro en el río Manso, cuando apareció flotando el cuerpo de un caballero apuñalado por la espalda. Era vuestro amigo. Gracias a un bálsamo que me recetó un soldado, conseguí después de siete días de esfuerzos contra la muerte devolver la vida al capitán Lezama. Naturalmente que también obró la fuerte constitución sin par de vuestro amigo. Supe que estaba prometido a Ángeles de Amor, la hija del Justicia Mayor. Cuando se puso en pie, el capitán Lezama fué a visitar el palacio del Justicia Mayor, pero secretamente. No sé lo que allí oiría, el caso es que partió a todo galope hacia Cádiz, prometiéndome que volvería. Yo le aguardé impacientemente, porque modestamente y con todo respeto sentía una gran devoción por tan valiente caballero, que supo recompensarme delicadamente. Volvió acompañado de treinta jinetes y, silenciosamente, redujo a su merced a la guarnición del palacio. Lo que después ocurrió fué horrible. El Justicia Mayor fué acusado por uno de sus enanos de ser el autor de la puñalada que puso en peligro la vida del capitán Lezama. Quizás ante la injusta acusación el señor de Amor, que padecía del corazón, sufrió un colapso y murió.

—Paz a sus cenizas. Hasta ahora no veo la tragedia. Gracias a ti, mi amigo salvó la vida.

—Lo que sigue... os lo contará mi criado.

—¿Por qué no tú mismo?

—Porque... veréis, señor: Mi criado es un mozo listo que es muy

curioso, aunque en esta ocasión yo mismo le impulsé a que siguiera los pasos del capitán Lezama, temeroso de que le ocurriera algún percance. Él supo trepar por el muro y presenció algo horrible.

—¡Llama a tu criado, maese Alba!

A los gritos del posadero acudió velozmente el muchacho.

—Cuéntale con todo detalle al señor lo que espiaste, "Zorro".

—¿Puedo?...

—Excusadle, señor. Es que teme las represalias del señor José de Priego si éste llega a enterarse...

—Abreviad ya. No temas, muchacho. Cuéntame lo sucedido y nada malo te ocurrirá. Pero hazlo claramente y sin florituras, porque estoy impaciente.

—Yo..., pues, me encaramé por el muro y vi cómo ante un catafalco en que había una mujer tendida se arrodillaba el capitán Lezama. Nunca he visto hombre que tan valientemente resistiera un dolor abrumador.

—¿Quién era ella? —preguntó Lucientes angustiado.

—Doña Ángeles de Amor. Dijo don José de Priego que estaba muerta porque el corazón le había fallado. Yo oí cómo el capitán Lezama aseguraba a José de Priego que nada temiera, ya que él siempre habíale defendido. Cuando salió el capitán Lezama del aposento donde yacía la muerta, yo me disponía a marcharme, pero mis ropas se enredaron en un garfio y tardé en desembarazarme de ellas. Entraron en esto en el aposento el señor de Priego, el enano Bertoldo y el médico Silverio. Y lo que oí me puso los cabellos de punta.

—¡Sin florituras, "Zorro"! ¡Aprisa!

—El médico se reía, diciendo que su droga era segura y que al día siguiente, por la tarde, doña Ángeles estaría tan viva como ellos tres. El enano Bertoldo, que es un espadachín temible, dijo que él había estado muy oportuno provocando la muerte del Justicia Mayor con su acusación. Era una conspiración de los tres. Fingieron la muerte de doña Ángeles para acabar de debilitar el corazón del Justicia Mayor. Y aprovecharon tal coyuntura para hacerle creer al señor capitán que doña Ángeles estaba muerta.

—Pero, ¡maldito sea yo! ¿Para qué todo eso?

—Hoy don José de Priego es Justicia Mayor, y piensa irse tan pronto se reciban los documentos que le nombran heredero, por

partes iguales, con doña Ángeles. Y pretende desposar a doña Ángeles…

Levantóse Diego Lucientes.

—¿Cómo se llaman esos tres pájaros criminales?

—Son el señor José de Priego, el enano Bertoldo y el médico Silverio.

—Van a conocerme. No sé a qué extremos la desesperación habrá llevado al caballero Lezama… Por suerte le queda su hijo… Pero, ¡repámpanos!, creo que en el mundo van a quedar vacantes tres plazas: la de Justicia Mayor, la de enano espadachín y la de médico de Tomelloso.

CAPÍTULO IX

Puño de hierro

Dirigíase Diego Lucientes hacia la puerta del comedor, cuando maese Alba, corriendo con toda la agilidad que le permitía su prominente estómago, carraspeó indeciso deteniéndose frente al madrileño:

—¿Soy inoportuno, señor, si os pregunto lo que vais a hacer?

—Ordenar a mis hombres que reduzcan a la guarnición del palacio. Después entendérmelas con Priego, el enano y el médico. Y, por último, llevarme a Ángeles de Amor para devolver a mi amigo su alegría de espíritu.

—Gracias, señor, gracias-dijo alborozado el posadero —. Le cobré mucho afecto al capitán Lezama.

—Tú y tu pinche sois dos excelentes sujetos.

—Gracias, señor. ¿Me permitís un consejo?

—Habla.

—Desconfiad de don José de Priego. Sus modales de varón honrado engañaron a vuestro amigo, que nunca sospechó que fué él mismo quien le apuñaló para apoderarse de sus cartas de pago. Y el capitán Lezama creyó que era obra del Justicia Mayor, porque le negaba la mano de su hija.

El “Zorro” silbó tenuemente, plasmado en su rostro una expresión de hondo espanto.

Mudamente señaló con temblorosa mano a un caballero que se aproximaba por la arenosa ribera del río.

Era un individuo alto y robusto, portando enhiesto mostacho y perilla. Caminaba reposadamente, con empaque de hombre de armas.

—¡Es... es el Justicia Mayor! ¡Don José de Priego! —exclamó,

sudoroso, maese Alba.

—Magnífica ocasión para ir a saludarle.

Diego Lucientes salió al exterior, a tiempo de que José de Priego llegaba.

El actual Justicia Mayor hizo una leve inclinación de cabeza y, sonriente el amable rostro, saludó:

—Buenos días, caballero. ¿Son vuestros los soldados que vi llegar ha poco?

—Míos, en efecto-dijo Lucientes, dominándose —. ¿A quién tengo el honor de saludar?

—Soy José de Priego, actualmente Justicia Mayor de las Andalucías, por la muerte de mi tío, don Gonzalo de Amor.

—A vuestros pies, señor de Priego.

—No os moleste mi curiosidad, pero justo es que sepa quiénes son las fuerzas que alberga la posada.

—Son fuerzas pertenecientes a un amigo vuestro.

—¿Un amigo mío? —sonrió amablemente José de Priego—. ¿Puedo inquirir primero vuestro nombre, señor?

—Diego Lucientes.

El arqueo de cejas del Justicia Mayor no pasó desapercibido a Diego Lucientes, y quedó confirmada su sospecha al ver la rápida mirada que Priego dirigió hacia su manopla izquierda.

Los carteles emanantes del Justicia Mayor ofrecían recompensa por la cabeza de un manco pelirrojo...

Y quedó patente todo el dominio del arte del disimulo que poseía José de Priego, cuando contestó con bien fingida amabilidad indiferente de hombre cortesano:

—Mucho honor el conoceros, señor Lucientes. ¿Y quién es el amigo común al cual os referíais?

—Carlos Lezama.

La sonrisa de José de Priego acabó de confirmar su temple.

—Cierto. Un buen amigo mío. ¿Acaso os acompaña?

—No. He venido solo.

—Si me honraseis viniendo conmigo a palacio, sería para mí un gran placer brindar en vuestra compañía. Hablaríamos de nuestro amigo, el capitán Lezama.

—Muy halagado, señor de Priego. Cuando queráis...

Ocultando, con una leve inclinación, la sonrisa triunfal que se

dibujaba en sus labios, don José de Priego echó a andar, ajustando su paso al de Diego Lucientes.

Estaban ya en la ribera arenosa del río, y a treinta pasos de la posada, cuando José de Priego se detuvo al sentir en su brazo una férrea presión de la manopla izquierda.

—¿Tenéis inconveniente en que nos detengamos un instante, señor Justicia Mayor?

—Ninguno, mi señor. Aunque el crepúsculo se acerca...

—Cierto. Se acerca un crepúsculo muy opaco. ¿Conque pensáis brindar en mi compañía? ¿“Aquatoffana” o algún otro veneno de los que tiene almacenados vuestro engendro de médico droguista?

—No os comprendo.

—¿O acaso pensáis echarme al río apuñalado por la espalda?

—Sois original, señor Lucientes.

—Mucho. ¡Allí va una prueba!

El puño izquierdo se puso en función por vez primera. Alcanzado entre las dos cejas, José de Priego cayó de espaldas, privado de sentido.

Examinóse Lucientes el puño cubierto por la manopla azul.

—Magnífico estreno. Por lo visto, esto es una catapulta.

Le quitó el chambergo al desvanecido y, acercándose al río, lo llenó de agua sin perder de vista al que yacía boca arriba.

Vació sobre el rostro el contenida del chambergo, y José de Priego se incorporó, con mueca dolorida y siniestra.

—¡Me vais a dar satisfacción, señor Lucientes, por vuestra agresión improcedente!

—Menos monserga, asesino. Y todas las satisfacciones serán mías. ¡Desenvaina, hipócrita!

Cruzóse de brazos José de Priego.

—Quiero antes saber los motivos de vuestra actitud incomprensible. Estáis ofendiendo a un Justicia Mayor.

—Que sabe que no puede serlo honradamente, porque es un condenado canalla, asesino e hipócrita. Fingiste amistad al caballero Lezama como ahora mismo finges no saber que yo soy el manco pelirrojo cuya cabeza está a precio. Era manco, chacal. Ahora ya has comprobado que no lo soy. ¿Ves este río? Te servirá de tumba. Tal como decidiste hacer con mi amigo. Pero antes te machacaré el rostro a manoplazos. No quiero correr el albur de que salgas a flote

y algún día engañes a otro caballero con tu faz de hombre franco y sincero... ¡Así te quiero!

La exclamación de Lucientes obedecía al repentino ataque con el que desenvainando, lanzábase contra él José de Priego.

Antiguo capitán de la guardia y consumado espadachín, sonrió siniestramente al lanzar su primer tiento, trabando el acero que le opuso prestamente Diego Lucientes.

El duelo fué acelerándose, siendo observado con terror por el posadero y el “Zorro”, que desde la ventana imploraban por el triunfo del audaz pelirrojo, al que por un instante creyeron perdido, cuando parecía dispuesto a acompañar al Justicia Mayor a su palacio.



El duelo fué acelerándose...

La impetuosa fuerza con que cargaba el antiguo capitán, hizo que Diego Lucientes reservase su resuello, rompiendo la guardia con cautelosos retrocesos, que fueron envalentonando a su adversario.

—¡Al infierno te llevarás lo que sabes, pirata! —masculló José de Priego, seguro ya de su triunfo.

—¡Allí me esperarás, asesino! ¡Hace demasiado calor en esta época!...

Resbaló Lucientes, quedando arrodillado, pero el ardid fué esquivado por el criminal, que saltó hacia atrás, evitando por centímetros el ser perforado, y envainó la espada. Entonces llevóse rápidamente la zurda al cinto, porque había comprendido ya que su adversario conocía a fondo todos los recursos de la esgrima y que su supuesto retroceso no era más que hábil reserva de fuerzas.

Iba a sacar su pistola, cuando ya Lucientes, arrojando al suelo la

espada, disparó certeramente contra el hombro derecho del que se disponía a descerrajarle a bocajarro un pistoletazo.

Exasperado, desenvainó José de Priego su puñal, y lo lanzó contra el hombro izquierdo de su adversario, en último impulso feroz..., pero sonó un terrible crujido, y la acerada punta mellóse contra la coraza construida por Víctor Valban...

Saltando hacia adelante, Diego Lucientes aplicó sañudamente su puño izquierdo contra la boca de José de Priego. Evitó que cayera, asiéndolo del hombro herido con la mano derecha...

Repetida y sucesivamente fué alzando y abatiendo el puño de hierro, hasta que el rostro de José de Priego quedó convertido en una masa pulposa e incognoscible.

En el frenesí de su afán vengativo, levantó Diego Lucientes en vilo al corpulento mosquetero, proyectándolo al río.

Fué tal el impulso, que el propio Lucientes cayó arrodillado, mientras con sordo estampido hundíase en el agua el cadáver de José de Priego.

—¡Y va uno! —gritó Lucientes, reincorporándose.

Estuvo contemplando el río por unos instantes, mientras se calmaba su agitada respiración.

Dirigióse poco después a la posada, llamando a Ankou Kerbrat.

—Atiende, bretón. Aquel palacio tiene una guarnición. Esta guarnición me molesta. En su interior hay un médico y enanos. Me molestan. Necesito que cuando tu silbato resuene, sepa que puedo ir tranquilamente hacia el palacio, porque ahora no tengo deseos de más lucha.

—¿A sangre y fuego, señor? —limitóse a preguntar Ankou Kerbrat.

—No. El crepúsculo que me anunció ése que ha ido a bañarse, está ya presentándose, aprovéchalo para amarrar a todo ser viviente en el palacio, allá donde los encuentres. Evita en lo posible derramar sangre... y, sobre todo, vivos quiero a los enanos y al médico. Hay también una dama. Inútil que te advierta que ella no debe sufrir el menor daño, porque ha da ser la esposa del capitán Lezama.

Entró Lucientes en la posada, y sonrió al ver los solícitos ademanes con los que el “Zorro” y maese Alba le ofrecían una copa llena el uno y una bandeja con manjares el otro.

—¿Para reparar mis fuerzas, belitres? Sin embargo, el que se zambulló con mi ayuda era el señor Justicia Mayor.

—Por eso mismo, señor. No podía ser Justicia Mayor tal criminal. Y... francamente, ni el “Zorro” ni yo nos atrevíamos a denunciarle. Era peligroso, y aquí no teníamos quien nos defendiera.

Por delante de la ventana fueron desfilando silenciosamente, y a pie, los bretones al mando de Ankou Kerbrat.

Bebió y comió Diego Lucientes, y cuando hacía tan sólo minutos que había abandonado la posada en dirección al palacio, maese Alba y el “Zorro” oyeron perfectamente los agudos toques del silbato de Ankou Kerbrat.

CAPÍTULO X

Lo inesperado

Ankou Kerbrat aguardaba ante la escalinata de entrada al palacio. Cuadróse cuando llegó Diego Lucientes.

—Tuvimos que matar a tres soldados, mi capitán, para vengar la muerte de dos de los nuestros, que fueron atacados por ellos. En la sala principal están atados el médico y los cinco enanos. La servidumbre está maniatada en los establos.

—¿La señora?

—Cerré la puerta de su aposento, que tiene una ventana enrejada. Ella escribía cuando yo entré. Me miró, y yo sólo me atreví a saludarla profundamente, porque mi español es defectuoso. Pero ella parecía como si no me viera...

—Bien. Eres un hombre eficaz, mi buen Ankou. Acompáñame con tu látigo. Supongo que lo necesitaré.

En la sala principal, los cinco enanos, atados sólidamente a sus escabeles rebosantes de almohadones que agrandaban sus tallas diminutas, ofrecían un espectáculo extraño.

En un sillón cercano, el médico Silverio, enjuto y sombrío, miró con cierto alivio al que acababa de entrar. También respiró menos irritado el enano Bertoldo, al ver que no era el capitán Lezama el nuevo dueño provisional del palacio.

—¡Métodos de pirata! —aulló Malfrene—. Cuando venga el señor Justicia Mayor...

—¡Chitón, encanto! —rió Lucientes, brillantes los ojos—. Aquí sólo hablaremos yo, el látigo de mi lugarteniente y aquel a quien pregunte. ¿Cuál de vosotros responde al dulce nombre de Bertoldo?

—Yo soy Bertoldo-replicó el interpelado —. ¿Y tú quién eres?

—Pronto lo vas a saber. ¡Ankou! Llama a cuatro bretones para

que se lleven a esos cuatro milhombres, menos a ese que acaba de hablar. Que los depositen junto a la servidumbre.

Cuando quedó cumplida la orden, en la sala sólo quedaron Lucientes en pie ante Bertoldo y el médico Silverio, a cuyas espaldas estaba Ankou Kerbrat, de cuya diestra pendía el látigo.

—Tienes rostro de chico listo, Bertoldo... —dijo Lucientes.

—¡Señor Bertoldo, insolente! —gritó el enano—. ¡Desanuda mis brazos y te daré lección de modales hundiendo en tu pellejo mi espada!

—¡Uy, qué miedo, señor guardia! —bromeó Lucientes sin sonreír —. Atiende a mis palabras, Bertoldazo. No vengo dispuesto a oírte berrear con ínfulas de duque ultrajado. He estado intercambiando frases amables con José de Priego, que ha tenido a bien confesarme vuestra canallesca y maquiavélica conspiración.

Guardó unos instantes de silencio, observando el rostro del médico que palidecía, y el furor que se pintaba en los rasgos del enano...

—Terminada su confesión, José de Priego ha ido a descansar para siempre en el fondo del río: Un lecho de barro y lodo era su merecida tumba.

—¡Yo no hice más que obedecer sus órdenes! —chilló Bertoldo —. En cambio, Silverio fué el que propuso el uso de sus drogas infernales.

—Me lo suponía-dijo suavemente Lucientes —. Tú, señor Bertoldo, no puedes ser un asesino. Obraste bajo mandato, porque eres un pobrecillo bufón inofensivo, ¿no es así?

—Sí, mi noble y generoso caballero.

—Bien. Entonces, ¿no te parece que todos deben hallar la muerte por donde pecaron? Por ejemplo, ese medicastro envenenador, a quien atribuyo no sólo el letargo engañador de doña Ángeles, sino la prematura muerte de don Gonzalo...

—¡Acertasteis, mi noble y generoso caballero! Silverio vertía gotas debilitantes en las pócimas que confiadamente tomaba mi buen amo que mucho he llorado.

—Me lo suponía. ¿Sabes dónde guarda Silverio sus pócimas?

—¡Sí! En un armario de su alcoba.

—Mi lugarteniente te desatará, señor Bertoldo. Te acompañará al aposento del médico. Regresa con el frasco que contenga el

veneno más activo.

Habló unos instantes en francés Lucientes, y el estólido bretón de faz impasible desató al enano, que, majestuosamente, se reajustó el cinto de donde pendía su larga espada.

—Gracias, mi noble y generoso caballero. Me complace ser vuestro auxiliar en la obra de la justicia.

A solas con el médico, Diego Lucientes desenvainó su puñal, cortando una de las cuerdas para liberar el brazo derecho del prisionero.

Precipitadamente, acudió Bertoldo seguido muy de cerca por la mole de Ankou Kerbrat, cuyo látigo arrastrábase amenazador.

El enano empinóse sobre la punta de los pies, tendiendo un frasquito a Diego Lucientes.

—¡Éste es el más activo! El propio Silverio me dijo que con sólo dos gotas moría un hombre muy fuerte.

—Con una bastará entonces, porque no me luce muy fuerte tu amigo. Dale tú mismo el frasquito, señor Bertoldo.

Con precaución, tendió Bertoldo el frasco, pero el médico no hizo gesto alguno para cogerlo.

—¿Temes a tus propios productos, matasanos? —preguntó Lucientes, amartillando su pistola—. Te doy a elegir. Vacía el frasco. Te lo aconsejo. A menos que prefieras primero ser desollado a latigazos, y después machacados tus sesos de criminal, que pisotearé sin remordimientos. Sin embargo, antes te tomaré como blanco. Tengo bastante buena puntería y cinco cargas en mi cinto. Tú que eres médico sabrás que un pistoletazo lleva plomo, y el plomo duele en un miembro. Tienes cuatro extremidades y una nariz. Serán mis cinco blancos, antes de que el látigo entre en actividad...

Bruscamente, Silverio adelantó el brazo, cogió el frasquito y lo vació velozmente.

Agitóse su cuerpo en espasmos convulsivos... y, por fin, quedóse quieto.

—Al menos no era hablador. Era su única cualidad-comentó Lucientes.

Rió agudamente Bertoldo, en servil halago.

—Me queda una duda, señor Bertoldo. Supongamos que te hubieses equivocado y lo que el médico hubiese bebido fuera una

droga de esas orientales, que sólo le concediera un letargo parecido al que sumió en desesperación al capitán Lezama cuando creyó que doña Ángeles estaba muerta, engañado por...

Quedóse en silencio Lucientes, interrumpiendo su frase.

El enano, desenvainando, se abalanzaba sobre el difunto, y montando ágilmente sobre las rodillas del cadáver lo apuñalaba salvajemente en los puntos vitales.

Diego Lucientes cogió al enano por los hombros, apartándolo del cadáver en que se ensañaba.

—Eres una bestezuela hedionda, Bertoldo-dijo suavemente Lucientes. —Hay demasiada maldad en tu espíritu... No puedes seguir haciendo ruindades. Te concedo el honor de demostrarme que eres buen espadachín...

Había un matiz inexorable en la tranquila entonación de Diego Lucientes. El enano miró a todos lados como una fierecilla acorralada. De pronto, corrió hacia el balcón abierto, encaramándose en el alféizar.

Fué tan rápida su carrera, que el látigo de Kerbrat, al restallar, llegó a golpear el alféizar sólo un segundo más tarde.

Resonó un alarido agudo... Inclinándose en el balcón, Diego Lucientes se apartó asqueado.

Pero Ankou Kerbrat tenía más estolidez, y tardó en comprender que el bulto informe que parecía un adorno de la lanza de la armadura que había algunos metros más abajo, en la terraza, no era más que el cuerpo atravesado por el vientre del enano Bertoldo.

—Quedó zanjado este asunto, Ankou Kerbrat. Ahora vete al pueblo y, al precio que sea, consigue una carroza. Ven con ella, que servirá para hacer más cómodo el viaje de doña Ángeles de Amor hacia el que anhelante la espera en sitio donde, como sea, he de averiguar. ¿Cuál es el aposento en que doña Ángeles está?

—Al final de aquella escalera, mi capitán. La primera puerta a babor.

Delante de la puerta, tras la que estaba la novia de Carlos Lezama, sintió Diego Lucientes una extraña emoción.

Y también le invadía una alegría sin límites. Se imaginaba el resucitar que en el espíritu de Carlos Lezama verificaría el saber que la que creía muerta tan sólo había sido víctima de un criminal atentado del médico...

Empujó la puerta, cerrándola a sus espaldas, y destocándose el tricornio, inclinóse reverentemente ante la mujer que sentada tras una mesa escribía afanosamente.

La rubia seda de los cabellos, los ojos azules de cándida expresión, el suave encanto indefinible que emanaba de Ángeles de Amor conmovieron al pelirrojo.

—Permitid, señora, que en nombre de Carlos Lezama me presente ante vos. Soy Diego Lucientes.

Ella seguía escribiendo, ladeada la cabeza, sin mirarle más que a hurtadillas, serio el semblante aniñado.

—Si os interrumpo, señora, ordenadme salir.

Siguió ella en silencio, pero abandonó la pluma, tirándola sobre el pergamino. Miró con fijeza al aturdido madrileño.

—No te conozco. Tú no eres José de Priego...

—Murió, señora.

Ella volvió a coger la pluma, agitándola entre sus dedos. Volvió a tirarla, e inesperadamente empezó a cantar con voz temblorosa una melopea de guturales y extrañas desinencias...

Diego Lucientes, asombrado, acercóse a la mesa. Lanzó una ojeada al escrito, y leyó, sintiendo que su estupor aumentaba:

“Querret-el-Ain. Querret-el —
Ain. Príncipe Tarhit. Príncipe
Tarhit. El tritón de la “Gruta
de Nácar”. El tritón de la
“Gruta de Nácar”. Madero flotante.
Madero flotante. Caballo.
Caballo...”

Una mancha, ponía como a modo de punto final a las divagaciones escritas con letra laboriosamente esculpida al estilo de los amanuenses, con mayúsculas repletas de florilegios y adornos...

Ignorante de lo sucedido en la Ciudad Invisible, Diego Lucientes empezó a sentir cierto temor.

—Señora, por favor... Vengo a buscaros por orden del capitán Carlos Lezama, vuestro prometido.

Ella había cesado de cantar, y ahora se dedicaba a mordisquear el extremo de la pluma de ave. De pronto sonrió y volvió a escribir pacientemente.

Tras ella, al cabo de minutos que le parecieron siglos, Diego

Lucientes leyó:

“Consuelo de mis ojos... Consuelo
de mis ojos.”

Repentinamente, una sospecha tranquilizó al madrileño.

Era indudable que Ángeles de Amor estaba bajo la influencia de una droga. Decidióse a soportar la irritada protesta de la que, pese a su apariencia de mujer, semejaba ahora una niña abandonada.

—Señora. Tenemos que irnos. ¿Queréis tener la bondad de aceptar mi brazo?

Ella continuó sentada, mordisqueando su pluma. Diego Lucientes, con gesto suave, pero firme, le quitó la pluma de entre los dedos, cogiendo su mano.

Indicó la puerta.

—Perdonad mis modales, señora, pero os ruego que os levantéis.

Ella continuó sentada, sonriendo con mirada extraviada.

Diego Lucientes la enlazó por el talle, y ella se puso en pie dócilmente, andando junto al madrileño, que abrió la puerta.

Empezó ella de nuevo a cantar la extraña canción “targui”, que puso congoja en el espíritu del atribulado Lucientes.

Cuando llegaron a la terraza, vió Ángeles de Amor los caballos de los bretones, y cesando bruscamente de cantar, musitó:

—Caballos... Caballos...

—Nos llevarán adonde espera vuestro prometido Carlos Lezama. Carlos Lezama-repitió Lucientes.

Ángeles de Amor no replicó. Miraba con curiosidad la carroza que acercábase arrastrada por dos fogosos caballos, fustigados por el “Zorro” junto al cual, en el pescante, sentábase Ankou Kerbrat.

Al saltar el bretón al suelo, Diego Lucientes le indicó a la que parecía alucinada.

—Está bajo los efectos de una droga, Vigílala.

Subió al estribo, asiendo por el brazo al criado de la posada.

—¿De quién es la carroza?

—Del servicio de postas, señor. Está siempre en los establos de maese Alba, porque sólo trabaja una vez por semana.

—¿Dónde hay un buen médico en el pueblo?

—Todos van a Sevilla, señor. Hay muchos y muy buenos.

—¿Cuál es el mejor?

—Uno que vive en la calle de Hércules. Pero es caro y para

señores.

Sin replicar, Diego Lucientes fué a coger del brazo a la que, como una niña obediente, no opuso la menor resistencia.

—Atiende, Kerbrat. Tú y tus hombres id a la posada. Mañana, cuando despierte la señorita Carmen Robles, poneos en marcha. En Sevilla me encontraréis en la calle de Hércules. En casa de un médico.

* * *

Don Antonio Ochoa era el médico de más fama de Sevilla. Habíase distinguido por curaciones asombrosos, y, antes de visitarle, supo Diego Lucientes que, hasta de la capital de España acudían a consultarle pacientes de todas clases.

Pequeño y nervioso, el sevillano examinó críticamente a la mujer que, sentada en su despacho, jugueteaba con una pluma.

—Perdonad la urgencia con la que me he introducido, señor médico. Pero deseo que calméis mi ansiedad. Esta señora está bajo los efectos de una droga que parece haberle quitado el razonamiento...

—¿Qué droga?

—No lo sé. Por eso he venido a visitaros.

—Bien. Pero para que pueda saber a qué atenerme, necesito al menos veinticuatro horas de tiempo en las que la señora estará sometida a un continuo examen.

—Pagaré lo que sea, señor médico. Pero, por favor, haced cuanto podáis para contrarrestar los efectos de la droga.

—Descuidad, que cuanto haga logrará suprimir los efectos que suponéis. Parecéis cansado.

—Tres días sin dormir con sus noches fatigan, señor médico.

—Podéis, si lo deseáis, aguardar cómodamente en una de mis habitaciones. Dormid tranquilo. Os despertaré dentro de veinticuatro horas. Antes no puedo dictaminar.

Durmió Diego Lucientes, agotado, tendiéndose vestido sobre la cama a la que le acompañó un ayudante del médico.

—Bien habéis dormido, caballero —sonrió el que le despertaba —. Un día entero. El señor médico os aguarda.

Precipitadamente, lavóse Lucientes la cara para despejarse, y recomponiendo sus arrugados vestidos bajó a la sala.

Halló al médico a solas...

—¿Y ella? —preguntó impaciente.

Don Antonio Ochoa hizo un ademán de amable reproche.

—No seáis impaciente, mi joven señor. ¿Qué parentesco tiene la señora con vos?

—Ninguno. Es la prometida de un amigo mío.

—Entonces me será menos doloroso confesaros la verdad. Esta señora nunca volverá a recuperar la razón...

Exhaló el médico un gemido al sentir en su hombro la férrea presión de la manopla de terciopelo.

Apartó Lucientes su mano izquierda del hombro lastimado.

—Perdonadme, señor médico. ¿Qué habéis dicho?

—Esta señora no está bajo los efectos de droga alguna. Está privada de razón.

—¡No puede ser! ¡Es horrible lo que decís!

—Lo siento, mi joven caballero. Podéis consultar a cuantos médicos estiméis necesario. Ojalá me hubiese equivocado... Pero el caso me interesó. Sometida a todas las experiencias de que la ciencia dispone, no me queda más remedio que dictaminar que esta señora, casi una niña, por lo cual resulta aún más doloroso, nunca... nunca recuperará su razón.

Más que sentarse, cayó abatido Lucientes en un sillón.

—Resulta penosa mi profesión, mi joven caballero, cuando ha de quitar toda esperanza. La señora, bajo el efecto de todos los drásticos, ha revelado una constitución orgánicamente sana. Pero su cerebro no reacciona. Divaga. Están claros los síntomas que demuestran que tuvo que sufrir repetidas y enconadas emociones, que su cerebro no pudo soportar.

Irguióse Lucientes, pasándose una mano por la frente.

—Necesito que me aconsejéis, señor médico. Mi amigo cree que su prometida está muerta. ¿Debo... debo revelarle... su actual estado?

—Como lo estiméis más conveniente.

—¿Qué haríais en mi lugar?

—Consideraría más penoso para un hombre que ama, saber que ella es una muerta en vida, que llorar una muerta. El tiempo hará olvidar a vuestro amigo... En cambio, ¿qué vida le espera junto a una pobre loca? Pero haced lo que vuestro propio juicio os aconseje. Yo os he dicho lo que haría en vuestro lugar. Si disponéis

de suficiente fortuna, recluidla rodeándola de todas las comodidades, y no reveléis a vuestro amigo ese triste resucitar.

—Gracias, señor médico. Tenéis razón. Si mensualmente os pasase una pensión, ¿os haríais cargo de ella?

—Naturalmente. Disponed de mí.

—Volveré a visitaros, señor médico. Pero ahora no me siento con valor ni fuerzas para verla. Quizás otra día...

Dejó Lucientes sobre la mesa una bolsa y salió del despacho, tambaleándose.

Fuera, en el pescante de la carroza, el "Zorro" roncaba estrepitosamente.

Restregándose los ojos oyó las advertencias de Diego Lucientes.

—Aguarda aquí la llegada de mis hombres. Voy a alojarme en la posada de la Cruz del Campo.

Alejóse calle arriba el madrileño, reseca la garganta ante aquel inesperado golpe...

Divisaba ya la enseña de la posada a la cual se dirigía, cuando musitó con voz ronca:

—Triste destino, señor Lezama. Tú y yo acarreamos la desgracia de aquellas a quienes amamos y nos aman.



¡Dos héroes inolvidables!...



TITULOS PUBLICADOS:

1 — La espada justiciera.
2 — La bella corsaria.
3 — Sucedió en Jamaica.
4 — Brazo de hierro.
5 — La carabela de la muerte.
6 — El leopardo.
7 — ...ien vidas por una.
8 — La bahía de los tiburones.
9 — ... rso maldito.
10 — ...ión en Martinica.
11 — Los filibusteros.
12 — La primera derrota.
13 — La dama enmascarada.
14 — Los tres espadachines.
15 — Los mendigos del mar.
16 — El Rey de los Zíngaros.
17 — Noches fantasmales.
18 — Montbar, el exterminador.
19 — La tumba de los caballeros.
20 — Frente a frente.
21 — Esclavitud y rescate.
22 — Deuda saldada.
23 — El holandés fantasma.
24 — "Mezzomorto".
25 — Mares africanos.
26 — Enemigos irreconciliables.
27 — La ciudad invisible.
28 — El capitán Lezama.
29 — Contra viento y marea.
30 — Manopla de terciopelo.



El patriota cien por cien, que lucha contra el invasor y combate a los opresores del pueblo.

El descendiente de **EL PIRATA NEGRO,** cuyas hazañas son dignas de las de su antecesor.

¡UN HEROE ESPAÑOL LEGITIMO

Si sois lectores de **EL PIRATA NEGRO,** no dejéis de adquirir los episodios de **DIEGO MONTES.**

TITULOS PUBLICADOS:

1 — El bandolero heroico.
2 — Claveles sangrientos.
3 — El toro.
4 — Malatesta.
5 — La duquesa y el bandolero.
6 — El galán de la muerte.

¡¡Coleccione los episodios de **DIEGO MONTES** y poseerá unos relatos emocionantes y vivos que leerá muchas veces!!

¡SENSACIONAL!

Muy pronto tendrá Ud. ocasión de leer las emocionantes aventuras de

EL CRUZADO

un héroe legendario cuyas verídicas hazañas superan en emoción todo cuanto pueda crear la más fértil fantasía de un autor.

UN EPISODIO SEMANAL: **TRES PESETAS**

Notas

[1] Ver: Esclavitud y rescate. < <